

# CUADERNOS DE HISTORIA 13

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1993



## LOS PEWENCHE: IDENTIDAD Y CONFIGURACION DE UN MOSAICO ETNICO COLONIAL (\*)

*Oswaldo Silva Galdames*

*Eduardo Téllez Lúgaro*

Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

### INTRODUCCION

**P**arece cada vez más cercana al límite de la evidencia la sospecha que el gentilicio pewenche <sup>1</sup>, conforme a la aceptación otorgada a éste por los primeros tratadistas hispanos, no señala a una etnia o «nación» andina compacta y etnológicamente bien diferenciada de las entidades mapuche del poniente de los Andes y de las formaciones pámpidas, como alguna vez llegaron a sustentar algunos eruditos de alto abolengo (Vignati, 1940; Canals Frau, 1953).

Por la inversa - y tal es la convicción de los autores - el rótulo pewenche englobaría poblaciones diversas (incluso étnicamente); facciones que en momentos dados del transcurrir colonial han mostrado muchas facetas

(\*) Investigación derivada del Proyecto Fondecyt N° 194487.

<sup>1</sup> Salvo excepciones, en el curso de este estudio emplearemos los gentilicios atingentes a los grupos de ancestro indígena conforme a la grafía que poseen en mapudungún, evitando, en lo posible, la corrupción castellana de los mismos.

etnográficas afines. Empero, ante todo, relacionaría o haría converger bajo ese denominativo a conjuntos humanos que, sin ser plenamente coincidentes en sus respectivas historias étnico-culturales, participaban de una peculiar adaptación eco-cultural a los húmedos bosques de los ambientes templados lluviosos insertos en los lindes de la *Pewenía* andina. Vinculación que otorgó al conjunto humano inmerso o ligado regularmente al bosque de araucarias cordilleranas, un perfil o identidad globular que, de no mirarse atentamente en su contenido, puede llevar a conceptualarlo como integralmente homogéneo. Sin embargo, las relaciones etnohistóricas inducen a pensar más bien en una urdiembre de poblaciones, un mosaico aborígen que es plausible descomponer parcialmente en alguna de sus partes. Desde tal perspectiva, hablar hipotéticamente de un «complejo pewenche» histórico resulta menos desmesurado que postular una «etnia pewenche» singular y uniforme. Ciertamente, el término «complejo» deberá entenderse aquí como una mera voz provisional, en el sentido que pretende reflejar conceptualmente la integración de pluralidades étnicas en un espacio o habitat nuclear delimitable; elementos que pueden llegar a presentar variaciones específicas o locales, no obstante la convivencialidad de un contexto geo-etnográfico común.

Aislar y debatir analíticamente una fracción de esos ingredientes, es la mira central de este estudio parcial que busca acercarnos, una pulgada más, a ciertos significados del «mosaico» pewenche.

#### LOS PEWENCHE EN EL TIEMPO (SIGLOS XVI-XVIII)

Fragmentados en bandas a cuya cabeza se encontraban caudillos dotados de escasa autoridad, los pewenche primitivos amoldaron su existencia a un modo de vida que dependía fuertemente de la cosecha del piñón, además de la recolección de otros frutos, tallos y raíces tuberosas; situación que no impedía que fuesen también activos cazadores de guanacos, ñandúes, ciervos y otras especies, fauna que capturaban mediante flechas y boleadoras. Su movilidad anual se circunscribía preferentemente a la verde cinta de araucarias andinas extendidas desde Antuco hasta el meridión del volcán Lanín. Poblaban los valles y cuencas intercordilleranas más aptos para el sostenimiento de un sistema de vida predatorio, pudiendo, como lo demostrarían después los pewenche mapuchizados, desplazarse temporalmente entre las pinalerías alteñas y los cazaderos situados en valles inferiores, sin tener que retirarse obligatoriamente del bastión andino (AN.AG.vol.25:ff.93 et. seq.)

Pero lo usual era que después de la cosecha otoñal del piñón incursionaran en las planicies precordilleranas de Neuquén y en los llanos occidentales de la Patagonia. Los Pewenche tardíos llegaron, incluso, a cruzar con balsas los ríos Limay, que por el suroeste los separaba de la Patagonia meridional, y Salado o Chadileubú, linde sur de las pampas bonaerenses,

cursos de agua que representaban significativas barreras para penetrar en los territorios orientales. Pero no hay prueba alguna que indique a los pewenche prehispanos haciendo lo mismo.

Durante los veranos, cuando los portezuelos andinos se despejaban de nieve, pasaban a los valles del oeste a «conchavar» con las linajes mapuche, obteniendo maíz y otros productos agrícolas, a cambio de pieles, piñones, plumas de ñandues, sal, piedras besares y otros bienes. A comienzos de marzo regresaban a los valles andinos en demanda del fruto de la araucaria. Este se recolectaba escalando los árboles o, como es altamente posible, empleando artefactos similares a los que actualmente disponen los pewenche de la cordillera chilena y del Neuquén, v.gr. varas largas con punta biselada para desprender los conos, semejantes al moderno *raupúl*; o instrumentos no muy distintos del *lëkái lashú* (lazo dotado en un extremo de una bola de piedra forrada en cuero) y del *küllpiuté* o *küllpivé* (caña provista de un lazo de sogá o trenza de fibra natural en la punta (ver Nardi, 1992; 253 y 259).

También se solía esperar la simple caída del piñón maduro. Su almacenamiento, en pozos cubiertos de agua, permitía una buena conservación de la semilla. De ella los pewenche obtenían

...pan, harina tostada, chicha y los guisados que quieren (Rosales, 1674, T.I:412).

Los pewenche primitivos, en apariencia, hablaban una lengua diversa a la mapuche y habían desarrollado un complejo mágico-religioso en que el sacrificio de guanacos, la ofrenda de su sangre y altares líticos jugaban un rol preponderante.

Carentes de unidad política, los distintos linajes o parcialidades pewenche se dispersaban en *tolderías* constituidas por las tiendas cubiertas con pieles de guanaco donde se cobijaba el «cacique», sus mocetones y respectivas familias. Vestían *quillango* o capa de piel de guanaco. Un turbante hecho con cuerdas de fibra vegetal -el que servía de carcaj para flechas a menudo envenenadas-, además de pendientes, collares, pinturas faciales y tatuajes indelebles los hacían distinguirse nítidamente de los linajes mapuche de los llanos.

Los ibéricos entraron en contacto con los hombres de las araucarias desde temprano. Ya en 1552, al fundarse Villarrica, don Pedro de Valdivia, al parecer, encomendó a grupos pewenche de su comarca, inclusive a los establecidos en la vertiente oriental del paso de Mamuil-Malal (Rosales 1674, T.I:412). En la década del 50, a su vez, Gerónimo de Bibar efectuó una apretada descripción de cazadores andinos enturbantados que recuerdan mucho a

los pewenche (1558). Algunos años después (1563), el capitán Pedro de Leiva, al mando de un destacamento, atravesó la cordillera, a la altura de Angol, e incursionó en las selvas de araucarias del Neuquén, encontrando gentes altas, delgadas y proporcionadas, cuyo mantenimiento

...casi de ordinario es piñones sacados de diferente hechura y calidad, así de ellas como sus árboles (Mariño de Lovera, 1595:421).

Si bien no los llama por este gentilicio, el capitán español describía específicamente a los pewenche orientales.

A partir de 1575, cuando estallaron las insurrecciones de mapuche y «serranos» al sur del Toltén, los pewenche, al parecer, se involucraron en ellas pese a que se les suele confundir con los «puelche», como se llamaba por entonces a todos los montañeses. Así lo sugiere un informe de Juan de Ocampo que sostiene cuan difícil resultaba someter a los rebeldes, dado que éstos se retiraban a las montañas, en donde disponían de piñones, avellanas y caza en abundancia (AN.Mv.vol.1:f.53 v.) En la década de los 80, los pewenche de Villarrica volvieron a levantarse bajo la dirección de *Quechuntureo*, señalado expresamente como caudillo de los «pewenche» comarcanos (Quiroga, 1690:247).

Sin embargo, a fines del siglo XVI su conducta era contradictoria. Mientras algunas parcialidades cordilleranas hostilizaron con frecuencia a la villa de Chillán, destruyéndola en 1599 (BN.MM, T.101: Leg.1608, T.104, Leg.1665), otras de Villarrica se aliaron con los hispanos. Inclusive, se afirma que unos 500 pewenche encabezados por el mulato Juan Beltrán, perecieron en la defensa de dicha ciudad (Núñez de Pineda, 1675:76). Esta contradicción se mantuvo vigente durante el siglo XVII. Así en 1628 y 1629 saquearon las estancias del partido de Chillán, llegando a dar muerte a su corregidor y a varios milicianos (Villalobos, 1989: 33-34). En 1641 en Estancia del Rey, y en 1647 en el segundo parlamento de Quillín, hicieron las paces con los peninsulares. Ello no impidió que en el intermedio arrasaran nuevamente con el distrito de Chillán y sus estancias (Rosales, 1674. T.II:1030-1032). En tiempos del gobernador Martín de Mujica, atraídos por las expectativas de un cuantioso botín participaron en campañas conjuntas con las fuerzas coloniales en contra de parcialidades mapuche rebeldes de la Frontera (Ibid: 1272-1274).

Este antecedente no evitó que tiempo después una fuerza dirigida por el capitán Luis Ponce de León atacara colectividades pewenche refugiadas en las islas del Lago Huechulafquén, en busca de prisioneros para esclavizarlos. La acometida derivó en un combate naval en el cual los pewenche, tanto desde sus canoas como desde sus atrincheramientos, intentaron inútilmente rechazar el asalto (Ibid:1302-1304).

Poco después del alzamiento de 1655, los serranos se resarcieron saqueando numerosas estancias del Maule y maloneando en el sur de Cuyo (AN.RA, vol.487: ff.2-15 v.) Lo anterior no fue obstáculo para que varias unidades pewenche participaran nuevamente en campañas en contra de los huilliche valdivianos, después de 1655 (Quiroga, 1690:388). Otras parcialidades, en cambio, se mantuvieron hostiles, como las situadas al oriente de Boroa, que en 1675 se alzaron en connivencia con «araucanos» y «puelche», pasando a cuchillo a varias partidas de yanacunas (AN.MV, vol.20: ff.108-108 v.).

Durante el siglo XVII hubo un decisivo cambio cultural en la sociedad pewenche. En esa centuria se da preponderancia a la caza del caballo y del vacuno salvaje, estableciendo las bases de una economía pastoril, que incrementará su movilidad territorial. Más no es la hispanización sino la «araucanización» la fuerza aculturativa que se impone sobre la vieja cultura. El mapudungún desplaza la(s) lengua(s) que anteriormente empleaban los pewenche. En la esfera ideológica, de las costumbres, legalidad interna, artesanías y aún más en la institucionalidad social, la marea mapuche cubre la cultura tradicional. En los primeros decenios del siglo XVIII la aculturación estaba del todo afianzada. Pietas pudo escribir entonces:

Los Pehuenches, están entre las dos cordilleras, hablan la misma lengua que estos fronterizos (mapuche) siguen los mismos ritos y costumbres: solo se diferencian en las comidas (Pietas, 1729: 499).

Su alimento fundamental seguía siendo el piñón y la carne de fauna montaraz (caballos, vacunos, guanacos, ciervos, ñandúes, etc.) cazada siempre con boleadoras y flechas (Pietas, 1719: f.250; 1729: 501). Entonces cubrían los toldos con paños de cuero de vaca o de yegua, cosidos con nervios de caballos. En los inviernos los aduares se trasladaban a las orillas de ríos y lagunas más despejadas de nieve. En primavera y parte del verano se establecían con sus ganados en los pastizales subandinos. A fines del verano y en el otoño recolectaban el piñón en las pinalerías altoandinas en las que cada agrupación tenía

...como hacienda propia, su pedazo de pinar (Pietas, 1729: 499-500).

Se dice que en aquella época «sus tierras» comprendían desde el volcán Laja hasta el lago Nahuelhuapi, con una extensión de 130 leguas de largo y un ancho que oscilaba entre media y una legua (Ibid: 500). Claro está que si en realidad incursionaban hasta el río Limay (AN, AG, Vol.25: f.93), es dudoso que poseyeran todas las pinalerías extendidas hasta Nahuelhuapi. Probablemente se les confundió con núcleos mapuche y de pámpinos que también recolectaban el piñón.

Por otra parte numerosos grupos familiares se posesionaron de desfileros andinos desde San Fernando al sur, en búsqueda de potreros cordilleranos, vías de tráfico o refugios para sus correrías de bandidaje (AN,MV, vol.7: f.16 v.; CG. Vol.909: f.168; vol.507: f. 115; BN.MM. vol.274:ff.217-218). Pero se trataba de pewenche completamente mapuchizados, muchos de los cuales vivían fuera del área de recolección del piñón. Conservan el rótulo, pero no la vinculación ecológica ancestral. Muchas de estas partidas «pewenche» se dirigían a la pampa argentina a efectuar saqueos o a cazar y capturar manadas de caballos cimarrones. Al igual que a los «Araucanos» se les denominaba *aucas*. El jesuita José Cardiel los describe como aficionados al aguardiente, a los cascabeles y abalorios, géneros que trocaban por ponchos que

...hacen en sus tierras donde tienen ovejas con más larga lana que las de otras partes y hacen también sementeras aunque muy cortas, aunque sin vivir en pueblos ni tener otra cosa que un toldo de cueros de caballos, aunque bien capaz, como un aposento como el nuestro y lleno de pinturas por dentro, como también lo tienen los Serranos (tehuelches septentrionales). (Cardiel, 1746: 141).

Es obvio que estos pewenche, aparte del gentilicio, son muy distintos a los pewenche primitivos. Se trata de grupos montañeses fuertemente mapuchizados o que han sido sustituidos por población llanista que se adaptó al modo de vida cazador y pastoril, relegando a segundo orden la actividad agrícola. Se les sigue llamando «pewenche» debido a que vivían en los valles cordilleranos y explotan sus pinares. Sin embargo, su fisonomía cultura contrasta con la de los pewenche originales. Asimismo, pese a que sus relaciones con los hispanos no estuvieron libres de alguna violencia, se muestran fieles aliados del poder colonial que les presta asistencia en sus contiendas con otras etnias cordilleranas, principalmente «huilliche serranos».

A fines del siglo XVIII, un censo español calculaba que el «Butalmapu pewenche», comprensivo de 10 aillarehues y 29 parcialidades, contaba con más de 10.000 habitantes (Téllez, 1987). En vista de los serios errores de tabulación y a las omisiones del padrón, esa nómina podría subir a unas 15.000 personas (Ibid.: 204). Mas, se trata de población «araucanizada», o fácilmente confundible con sectores del mundo mapuche.

Se carece de cifras para la población pewenche primitiva. El mariscal Ruiz de Gamboa calculó que a fines del siglo XVI, al oriente de la cordillera extendida entre Villarrica y Osorno, había más de 30.000 «puelche» (BN.MM.T.91: Leg.1290 A)

Hacia 1651 se decía que los «puelche» de ambos lados de la cordillera lle-

gaban a unas 45.000 personas (AN,MV, vol.20:f.31). Pero en estas estimaciones, fuera de las exageraciones, hay que considerar que se incluía tanto a pewenche como a grupos tewelchizado e, incluso, a indígenas mapuche que buscaron refugio en las montañas adoptando un modo de vida cazador-recolector (BN.MM. T. 90: Leg. 1272). Por el momento no hay forma de calcular la población pewenche primitiva.

En los hechos no es tarea demasiado trabajosa formular un cuadro etnográfico genérico de los pewenche mapuchizados en los últimos tiempos del dominio colonial. No obstante, intentar otro tanto con los pewenche del siglo XVI duplica el esfuerzo analítico, puesto que éstos aparecen subsumidos en la gran entidad «puelche» de la que hablan los cronistas ibéricos al momento de referirse a la diversidad de etnos asentados en el cordón andino (Silva, 1990). Esta óptica es la de Bibar, quien escribió:

Dentro de esta cordillera a quince y a veinte leguas hay unos valles donde habita una gente, los cuales se llaman puelches y son pocos. Habrá en una parcialidad quince y veinte y treinta indios. Esta gente no siembra. Susténtanse de caza que han en aquestos valles. Hay muchos guanacos y leones y tigres y zorros y venados pequeños y unos gatos monteses y aves de muchas maneras. Y de toda esta caza y montería se mantienen que la matan con sus armas, que son arco y flechas.

Sus casas son cuatro palos y de estos pellejos son las coberturas de las casas. No tienen asiento cierto, ni habitación que unas veces se meten a un cabo y otros tiempos a otros. Los vestidos que tiene son de pieles y de los pellejos de los corderos. Aderézalos y córtalos y cosenlos tan sutilmente como puede hacer un pellejero. Hacen una manta tan grande como una sobremesa y ésta se pone por capa o se la revuelven al cuerpo. De éstas hacen cantidad.

Los tocados que traen en la cabeza los hombres son unas cuerdas de lana que tienen veinte y cinco varas de medir, y dos de éstas que son tan gordas como tres dedos juntos. Hácenlas de muchos hilos juntos y no las tuercen. Estos se revuelven en la cabeza y encima se ponen una red hecha de cordel y este cordel hacen de una hierba que es general en todas las indias. Es a manera de cáñamo. Pesará este tocado media arroba y algunos una arroba. Y encima de este tocado en la red que dije meten las flechas que les sirve de carcaj.

Los corderos que toman vivos sacrifican encima de una piedra que ellos tienen situada y señalada. Deguéllanlos encima y la untan con sangre, y hacen ciertas ceremonias y a esta piedra adoran. Es gente belicosa y guerreros y dada a ladronicios, y no dejarán las armas de la mano a ninguna cosa que hagan. Son muy grandes flecheros, y aunque estén en la cama han de tener el arco cabe [junto a] sí.

Estos bajan a los llanos a contratar con la gente de ellos en cierto tiempo del año, porque señalado este tiempo, que es por febrero hasta en fin de marzo que están derretidas las nieves y pueden salir, que es al fin del verano en esta tierra, porque por abril entra el invierno y por eso se vuelven en fin de marzo, rescatan con esta gente de los llanos. Cada parcialidad sale el valle que cae donde tiene sus conocidos y amigos, y huélganse este tiempo con ellos. Y traen de aquellas mantas que llaman llunques y también traen plumas de avestruces, y de que se vuelven llevan maíz y comida de los tratos que tienen.

Son temidos de esta otra gente, porque ciento de ellos juntos de los puelches correrán toda la tierra, sin que de estos otros les hagan ningún enojo, porque antes que viniesen españoles, solían abajar ciento y cincuenta de ellos y los robaban y se volvían a sus tierras libres. No sirven éstos a los españoles por estar en tierra y parte tan agra y fría e inhabitable. Parece esta gente alarbes en sus costumbres y en la manera de vivir. (Bibar, 1558: 238-239).

A pesar de que Bibar describe una etnia andina esencialmente cazadora, y no recolectora, muchos autores han visto en los puelche del cronista hispano a los mismos pewenche o a una población muy afín a estos últimos. Tanto es así que Sergio Villalobos, (1989: 27), tras admitir que el texto no es muy claro en lo que se refiere a la filiación étnica de los indígenas descritos, opina que

Bien podría tratarse simplemente de los pewenches.

En este orden, el testimonio que aportó en 1675, Núñez de Pineda, a quien no le era ajena la etnografía pewenche, parece despejar dudas. En la ocasión, el cronista chillanejo consignó:

Hay entre estas cordilleras nevadas unos indios que llaman puelches, y otros peguenches, que de pocos años a esta parte se han declarado por enemigos nuestros, cuando han sido y son forzados de los indios de guerra, a quienes suelen acudir con algunos soldados, aunque son para poco, y nuestras armas pocas veces han entrado a sus habitaciones, porque son los caminos trabajosos, de riscos y peñascos, y también porque la gente no es de cudicia, porque es floja, sucia y asquerosa, porque andan toda la vida enbijados con untos de *caballos* y otros animales *inmundos*, de que se sustentan por la casa, y con los piñones que producen aquellas nevadas cierras; son *corpulentos y enjutos*, y se visten de pieles de animales que cazan con flechas, que son las armas que usan y manijan; son tan diestras en ellas, que volando el más pequeño pájaro le derriban...En tiempos antiguos, siendo yo bien niño, continuaban estos puelches a venir a

nuestras tierras a sus conchabos de piedras bezares que traían, pellones y pellejos de tigres pintados, piñones, avellanas, y otras cosas... Traían también estos *puelches* para sus conchabos unas yerbas ponzoñosas con que untaban sus flechas cuando tenían guerras unos con otros, y éstas las vendían a nuestros indios amigos, para refregar sus lanzas en contra de los enemigos. Sus vestiduras son tan solamente un pellón grande de pieles de animales, que les cubre todo el cuerpo, sin calzones ni camisetitas, de que usan los demás. Desde que nacieron, andan embijados, como queda dicho, con unos unguentos de animales y caballos, hediondos. Los más se pintan los rostros y los brazos, sejiéndose con pedernales y refregando las sajaduras con tinta verde o azul, que quedan las señales para siempre. Traen el cabello largo y trenzado, y revuelto en la cabeza con *madeiras de hilos de lana de diferentes colores*, con muchas flechas entreveradas en la rozca sobre la cabeza. No sueltan de la mano el arco y el carcaj; con los españoles pocas veces han peleado de su bella gracia, sino es algunos que los traen por fuerza en su ayuda nuestros enemigos veliches. Antes, cuando la tierra estuvo de paz en sus principios, eran amigos nuestros y entraban y salían en nuestras tierras a sus conchabos, que los géneros que traían los ferriaban a trueque *de yeguas y potrancas para comer, y por cobre de peroles viejos y candeleros de azófar, y jeringas viejas* que ya no servían, para *hacer zarcillos* y arrancadas, que las usan mucho, como las mujeres. Es gente floja, tímida y para poco; mal inclinada y naturalmente ladrones, que cuanto ven cudician, y si pueden usar de su oficio, hurtan cuanto topa. No siembran ni tienen casas ni asistencia conocida, porque hoy están en una parte, y mañana en otra. Usan algunos, o los más graves y de autoridad, de unos toldillos *de pieles de yeguas*, blandos y zobados, que con dos horconsillos y cuatro estacan le arman dondequiera que van, y otros se guarnecen en cuevas o en cóncavos de las peñas, que hay muchos en aquellas cerranías.<sup>2</sup> (Núñez de Pineda 1675: 73-76).

El boceto de Núñez de Pineda confirma a todas luces que los pewenche por él descritos formaban parte de los «puelche» de Bibar. La diferencia fundamental entre unos y otros, es que los puelche enturbantados de Pineda y Bascañán son activos recolectores del piñón y otros frutos, práctica ausente entre los puelche de Bibar (o al menos no contempladas en su reseña). Aparte de esto, los rasgos culturales son los mismos. Ambas entidades (la de Bibar y la de Núñez de Pineda) poseen un habitat intercordillerano; ambas, en fin, cuentan con armas, vivienda, vestuario, y elementos ergológicos comunes.

<sup>2</sup> Destacados nuestros.

Todo esto, claro está, sin inventariar aquellos rasgos adquiridos vía aculturación (caballos, bienes de origen europeo, etc.)

Debe prestarse atención al hecho de que varios de los relatos etnográficos hispanos fueron escritos de acuerdo a prismas muy variables en lo que respecta a la selección de los datos. Mariño de Lovera, por ejemplo, define a los pewenche como una cultura exclusivamente recolectora; si bien parece extraño que desestimaran los recursos de caza que abundaban en los pinares andinos. A su vez, la evidencia arqueológica indica claramente que el empleo de flechas para la caza de guanacos era un rasgo difundido entre los pewenche prehistóricos. Bibar, en cambio, sugiere que los puelche configuraban una sociedad de cazadores andinos, del todo ajenos a la recolección. Presunción extraña, considerando que está probado que no existió ninguna etnia andina y de la Patagonia que no ejerciera la recolección, aún en pequeña escala. Por su parte Núñez de Pineda asegura enfáticamente que los pewenche eran cazadores y recolectores, particularmente del piñón. Lo mismo afirma Jerónimo de Quiroga, pero, curiosamente, no menciona el fruto de la araucaria entre los elementos recolectados. Todo parece indicar que la subjetividad primó en la valoración de los rasgos que se observaron; de consiguiente, los relatos europeos suponen omisiones que limitan, en ocasiones, la fiel caracterización de este conjunto cordillerano.

Según versión de Quiroga:

algunos indios de estos chilenos con nombres de Pehuenches o de Puelches, habitan en los vallecitos que hacen las quiebras de la cordillera nevada, y de éstos hay varios nombres. *Es gente muy agreste e inculta* <sup>3</sup>, semejante a lo rígido del país que habitan; sustentase de la caza de venados y avestruces y de la semilla de algarrobos: no tienen casas ni sembrados; el aire, montes y ríos los sustenta, y por el sol guían sus alojamientos, mudándose de unos a otros sitios, así como las aves y animales se mudan para pasar los tiempos del año huyendo de la nieve; andan vestidos de pieles de animales, o por mejor decir cubiertos con una piel o con muchas pieles juntas; son diestros con la flecha y el arco, y con unas bolsas de piedras pendientes de una cuerda de nervios, dan en los pies del más ligero ciervo o avestruz, y beben la sangre caliente de estos animales. (Quiroga, 1690: 23).

La cita transcrita es un perfecto ejemplo de ambigüedad en la selección

<sup>3</sup> Destacado nuestro.

de rasgos etnográficos que se pretendía describir. Todo indica, pues, que en la interpretación de tales reseñas debemos marchar con cautela.

Se entenderá cuán arduo resulta trazar una trayectoria cabal de la más lejana historia pewenche - anterior a la mapuchización - si se tiene en cuenta que su pasado prehispano resulta, todavía, un enigma indescifrable. La presunción que hace del centro-norte del Neuquén, especialmente del tramo comprendido entre los ríos Cobunco y Curi Leuvú inferior, el asiento de una cultura de cazadores-recolectores sindicados como posibles antecesores de los pewenche históricos tempranos, es aún difícil de certificar claramente (ver Téllez, 1990: 28-31).

La cuestión relativa a la identidad etnológica de los pewenche prístinos se torna más intrincada todavía cuando se asume el problema de su adscripción lingüística. Precisamente el dato, atestiguado por ciertos cronistas, de que poseyeron un idioma propio, diverso del hablado por los mapuche occidentales (llanistas, como los nombran ciertas fuentes hispanas) ha servido de base para sostener que estos configuraban una entidad lingüística y biológica completamente separada y diferenciada de los etnos andinos meridionales (Schobinger, 1975: 40).

Desde luego, en el contexto del siglo XVIII (época en la que el rótulo *pewenche* se torna tan ubicuo como ambiguo y designa a poblaciones disímiles aunque mapuchizadas profundamente por la marea étnica procedente del occidente de la cadena andina), para un observador poco atento las distancias etnográficas y lingüísticas que pudieron primar tres centurias antes entre «serranos» y «llanistas» del oeste resultarían diferencias apenas de matices, o francamente ilusorias. De facto, todo el *complejo étnico pewenche* de la colonia tardía tenía al mapudungún como *lingua franca* (Hernández, 1992: 51-52). Empero, el «complejo pewenche» de entonces comprendía a entidades biológicamente diferenciadas y con antiguas historia culturales propias. De modo que no era raro que muchas de las formaciones étnicas caracterizadas como pewenche conservaran sus hablas ancestrales, de forma que la poliglotía reinaba entre «las gentes de los piñones» del siglo XVIII. Así y todo, no ha sido factible aislar, dentro del conglomerado apuntado al idioma genuino que, según los historiadores hispanos y ciertos etnólogos modernos, poseyeron los pewenche andinos anteriores a la mapuchización de la cordillera.

Prácticamente nada ha sobrevivido de una presunta «lengua» pewenche. Largo tiempo se ha afirmado su existencia, más jamás se ha logrado recuperar elementos gramaticales o fonéticos que nos permitan la más leve idea de su estructura lingüística. Con todo, el hecho de la existencia de una lengua pewenche consta documentalmente. (Carrera, 1929; Silva, 1990).

En los autos del proceso seguido en Mendoza, en 1658, a don Bartolo Yuyaric y a varios nativos de extracción puelche y pewenche, se afirma que ambas entidades contaban con lenguas propias. La causa que se instruyó contra ellos dice relación con un intento de malonear la provincia de Cuyo, movimiento oportunamente sofocado por las autoridades peninsulares.

Durante el juicio algunos caciques e indios puelche y pewenche no pudieron ser interrogados en español, millcayac (huarpe), o mapudungún, ya fuera porque desconocían estas lenguas o, lo que también es posible, porque fingieran no entenderlas. Hubo de recurrirse al procedimiento de interrogatorio indirecto. Dos intérpretes diferentes tuvieron a su cargo la gestión. El uno, de origen español, hablaba el millcayac; el otro, de origen huarpe, se manejaba adecuadamente en «lengua puelche». En el expediente resultante se hizo mención a «la lengua de los pewenche». Al parecer no había en Mendoza ningún hispano que la conociera por lo que fue preciso hacer uso de lenguaraces huarpes que la dominaban. Ellos inquirían a los reos «en pewenche», traduciendo las respuestas al millcayac para ser vertida al español por el lenguaraz que entendía la lengua de los huarpes. (Cabrera, 1929).

Las actas que resumen las operaciones militares llevadas a cabo por las autoridades de Cuyo contra las huestes de puelche y pewenche, sugieren, en realidad, la existencia de una lengua propia de los *hombres de peven*. En efecto, en julio de 1658, el corregidor de Cuyo don Melchor Carvajal y Saravia, enterado de una concentración rebelde a unas 30 leguas de Mendoza, avanzó con su destacamento hasta las inmediaciones del río Atuel, cogiendo de sorpresa a los alzados. Al respecto declaró:

... un día proseguí hasta el río del Atuer (Atuel) por la sierra, sin más noticias que el conocimiento de sus alojamientos y a dos de agosto despaché seis hombres con un indio que los guiase a que cogiesen lengua yo me fui a buen paso dándoles calor y a las cuatro de la tarde tuve aviso cómo habían topado con los puelches y a poco trecho encontré con el cacique Don Bartolo y su hermano y otro cacique con la nueva que les dieron de que yo me hallaba tan cerca y polvareda de mi gente que luego se divisó no pelearon aunque lo intentaron agasaje a los dichos caciques y fui con ellos hasta donde estaban sus toldos que habría media legua y les fui preguntando por los pehuenches y por qué habían venido juntos disculpáronse diciendo que los pehuenches los habían traído por fuerza amenazándolos que si no venían a la maloca los habían de matar y que eran ciento y se habían vuelto desde el río del Atuer para no volver más había que caminaban veinte días. Llegué a sus toldos donde estaban setenta indios tiznadas sus caras con algunas celadas

puestas a este tiempo los reconocedores me dijeron habían querido pelear y cogido las armas para ello y que la guía los había sosegado y en particular señalaron a un indio que había hecho un parlamento a los demás y con noticia de estas demostraciones y sin saber donde estuviese la demás gente y que era ya puesto el sol les hice quitar las flechas y a los caciques las espadas... y de un indio que hallé en la misma junta por ser Ladino le aparté y me dijo había allí pehuenches y el que había hecho el parlamento lo era y por ser tarde cogí a Don Bartolo aparte y volví a examinar diciéndole que yo ya sabía como había allí pehuenches que me hablase verdad y que se los pondría delante a todos. (AN.RA, vol.487: f. 2v.)

De lo dicho se advierte que el mencionado «parlamento» dirigido por el «cacique» citado, y cuya identidad quedó en la sombra, pudo realizarse, al menos en parte, en «pewenche». La narración de los hechos destaca las mayores dificultades que las fuerzas ibéricas encontraron para comunicarse con los indios de extracción pewenche, contacto que no hubiera podido realizarse de no contarse con la colaboración de un ladino que formaba parte del ejército rebelde.

Tal parece que en la misma ocasión a los hispanos les resultó más expedito hacerse entender por los guerreros puelche. A este respecto vale la pena clarificar la supuesta imposibilidad de estos últimos para comprender otros idiomas nativos, aseverada por Canals Frau, a partir de su interpretación del proceso criminal de 1658. Por ejemplo, es destacable la actuación del teniente Juan de Carvajal señalado como «gran lenguaraz de todas las lenguas». Fue justamente él quien en el río Atuel obtuvo, mediante su habilidad retórica, que los rebeldes depusieran actitudes hostiles. Con toda seguridad fue el mismo lenguaraz el que se hizo entender por don Bartolo Yuyaric. Este último, por su parte, es definido como «medio ladino» y efectuó su confesión en mapuche. A su vez, don Bartolo confesó estar casado por la Iglesia Católica, ceremonia que se había realizado en una hacienda española, con una india que llevaba el nombre cristiano de Bartola. En consecuencia, es muy difícil pensar que no poseyera algunos rudimentos de cultura hispana e, incluso, del idioma castellano. Se trataba, sin duda, de un "cacique" bautizado y aculturado, que portaba sable español como símbolo de status.

Varios de los reos puelche declararon poseer nombres cristianos y haber recibido sacramentos como el bautismo y el matrimonio; incluso algunos solían santiguarse. Todo indica que no pocos «caciques» e indios implicados contaban con algún tipo de experiencia aculturativa, lo que a escala limitada pudo tener expresión en el terreno lingüístico (Cabrera, 1929: 165 et.seq.)

Los pewenche, en cambio, registraban menos frecuencia de nombres

cristianos, así como una menor incidencia de influencias católicas. Uno de ellos, con fama de salteador en Chile, fue interrogado por ladinos tanto en «puelche» como en «pewenche». En tres casos fue imposible a los lenguaraces cuyanos darse a entender, pues los prisioneros indagados hicieron uso de una lengua totalmente ignorada en la región (Ibid).

Datos posteriores sugieren la vigencia de un dialecto pewenche autónomo. Pineda y Bascuñán afirmó categóricamente que los indios pewenche poseían lengua «de por sí». La pervivencia de la misma puede verificarse todavía en los primeros años del siglo XVIII, ocasión en la cual el padre Juan Mace, que efectuó misiones de evangelización entre ellos, ratificó el uso de una lengua distinta a la que hablaban las tribus agrícolas de los llanos. (AN.MV. vol.21:f.191).

Sin embargo, pocos años después, en 1719, el maestro de campo Gerónimo Pietas establecía que para entonces pewenche y mapuche eran similares en todo lo que dice relación a costumbres, rito y lengua. Se trata, desde luego, de la consolidación del proceso de mapuchización empezado mucho antes de la penetración «araucana» en las pampas orientales. Durante el siglo XVIII, los pewenche de ambas bandas de la cordillera se expresaban principalmente en mapudungún. Pese a ello, los indios cordilleranos lo hacían con una entonación marcadamente gutural como sucedía entre los cazadores serranos de Valdivia (Martínez de Bernabé, 1782: f.124).

Al lingüista Gilberto Sánchez, buen conocedor de las lenguas indígenas chilenas, le parece sumamente extraño que los pewenche de nuestros días no conserven una sola palabra del antiguo idioma. Ni siquiera en los relatos orales o en las fórmulas ceremoniales ha encontrado el menor rastro de alguna voz del idioma primitivo, en diez años de paciente labor de recopilación e interpretación. «Si existió -sostiene Sánchez- se trata, por el momento, de una lengua fantasma» (Comunicación personal, 1989).

Así y todo, debemos tener presente, a modo de ejemplo, que tampoco ha logrado recuperarse algún vocablo de la lengua de los changos ni de las muchas variantes lingüísticas de los diaguitas de Chile. Hay constancia documental de que una y otra etnia poseyeron lenguajes propios. El que no se disponga actualmente de algún elemento lingüístico de aquellos idiomas, no ha impedido que los especialistas hayan aceptado la hipótesis de su existencia. En el caso de los pewenche nos encontramos en igual situación.

## LAS VIEJAS Y LAS NUEVAS FRONTERAS PEWENCHE

La base física, el habitat primordial de los pewenche prehispanos estuvo

conformado por el vasto medallón verde que forman los bosques de araucarias (*Araucaria araucana*) extendidos discontinuamente por los altos faldeos de la cordillera de los Andes. Selvas de la misma especie existen también en la cordillera marítima de Nahuelbuta, entre los 37°30' y 38°40' Lat.S, ámbito en el que, como veremos más adelante, se consignó además la presencia de pewenche en épocas mucho más tardías, dato que denota lo intrincado que resulta abordar la temática atingente a la composición etnológica de las «gentes de la araucarias» en sentido temporal y eco-geográfico.

Hay discrepancias en lo que toca a los límites de distribución de la araucaria altoandina y no es este el lugar pertinente para sanjar el diferendo. Victor Quintanilla (1983: 117), establece que la estación ecológica andina del pewen se extiende entre los aledaños del volcán Antuco (37° 24' S) y los 40° 30', vale decir al sur del volcán Lanín. Félix Pooley, en cambio, ha actualizado<sup>4</sup> principalmente el linde de dispersión meridional de la araucaria, fijándolo en los 40° 48' S (1993: 305-306); si bien admite que contingentes malos alcanzan hasta la latitud del lago Nahuelhuapí (Pooley, Comunicación Personal, 1995). En el Neuquén, en la vertiente oriental de los Andes, la presencia más ostensible de bosques de «pinos piñoneros» ha sido delimitado entre el Cajón de los Trolopes (37° 50' S) y el lago Lacar (40° 10'S) (Vignati, 1940: 80; Hauman, 1916: 44, en quien se basa Vignati). Sin embargo, hay acuerdo en cuanto a su existencia aislada junto al lago Nahuelhuapi, en torno al paralelo 41 (Quintanilla, 1983: 117; Pooley, 1995; Aldunate, 1988: 332).

En los faldeos andinos y piemontanos del Neuquén, los ámbitos fértiles y pluviosos de la cordillera y su borde contrastan con las mesetas estepáricas, ventosas y secas del noroeste patagónico. La vertiente occidental de los Andes, en tanto, sometida hasta la proximidades del paralelo 38 al influjo del clima templado cálido con estación seca, y al sur de éste al del clima templado lluvioso con influencia mediterránea, soporta precipitaciones que bordean los 3.000 mm anuales, reforzando la exuberancia de los bosques fríos a través de las estribaciones serranas. Dominan los gélidos vientos del suroeste, especialmente en los territorios altos. Se hacen sentir además masas ciclónicas que vienen del nor-oeste las cuales originan frentes nubosos y lluvias. En ocasiones sopla el *puelche*, viento procedente de las planicies patagónicas, que actúa con excesiva fuerza y aporta temperaturas más elevadas.

En las cadenas occidentales se despliega un bosque espeso de coihues, canelos y robles de hoja caduca, que es posible encontrar hasta los 1.000 m. de altura.

A partir de los 900 metros y hasta los 1.600 metros de altitud se en-

<sup>4</sup> Atenido a datos proporcionados por la Corporación Nacional Forestal.

cuentra la araucaria, la cual se distribuye hacia el austro a partir del volcán Antuco, conforme a lo ya puntualizado.

La composición fitosociológica del bosque de araucaria, conífera que llega a alcanzar más de 50 metros de altura y a desarrollar formaciones cerradas, es simple. El estrato superior está formado por coigue y araucaria. En el estrato arbustivo se encuentra quila, ñirre, canelo andino, notro y pitrilla. En el estrato simiarbustivo, que llega a cubrir un 30% del área, abundan el michay y la chaura. El estrato herbóreo es muy variado, llegando a contarse una decena de especies distintas, así como epifitas.

La fauna es abundante. Las especies más comunes son guanaco, puma, culpeos o zorros rojos, chillas y el monito del monte. Existe una rica variedad ornitológica, destacando entre otras, coludos de pecho amarillo, gallinazos, cortadores de plantas, carpinteros, cinclodes chileno, chucaos, bandurrias comunes, palomas, torcazas, choroyes, cormoranes, patos vapor, patos real, blanquillos, colegiales y abutardas.

Cuantiosa es también la cantidad de batracios e insectos de la región boscosa.

Tal era el territorio ancestral de los pewenche, los cuales a menudo expedicionaban también, a través del Neuquén oriental, en las llanuras más áridas de la Patagonia donde proliferaban guanacos, ñandúes, armadillos, «ciervos patagónicos» y otras especies.

La reducción de la altura de la cordillera favorece la existencia de más de una docena de pasos andinos, despejados durante todo el año, circunstancia que permite un fluido tránsito entre Chile y el Neuquén. De este modo, las parcialidades pewenche tenían amplio acceso a ambientes ecológicos diversificados desde un punto de vista estacional.

Todo indica que, mediando la Conquista, los pewenche tenían por límite norte de sus correrías los desfiladeros vecinos a Chillán, si bien no eran las cordilleras contiguas a dicha villa su territorio secular.

Mucho antes que ese desplazamiento al septentrión tuviera lugar, bandas pewenche se habían asentado en los bosques más vetustos de la Araucaria chilena, situados en la inmediación del volcán Antuco (37°25'S.), llamado comúnmente volcán Laja por ciertos cronistas peninsulares. Todavía en el siglo XVIII los pinares de Antuco atraían con su magnetismo verde a infinidad de bandas altoandinas (Pietas, 1719: f.249v.)

El avance que en fecha ignorada emprendieron hacia el norte, hasta alcanzar las hondonadas cordilleranas de Chillán, fue la resultante de varios factores. La provincia del Ñuble se encontraba al margen de la formación septentrional del pewen. No es pues la recolección de sus frutos la razón de la presencia pewenche en su entorno. Sabemos por cronistas veraces que pewenche y «chiquillanes» entraban a malonear, con cierta frecuencia, en las haciendas y núcleos hispanos comprendidos entre el Ñuble y el Itata. Tanto es así que Martín Ruiz de Gamboa, luego de batir las partidas pewenche que corrían la provincia de Chillán, se vio obligado a levantar, en 1580, la ciudad de San Bartolomé de Gamboa.

Se trataba de una «fundación de retaguardia» destinada a sostener las comunicaciones con Concepción, y practicar una vigilancia más estrecha sobre su comarca. Este último fin suponía mantener a raya a los «bárbaros orientales», entre los cuales militaban los pewenche. Ruiz de Gamboa decidió la erección de Chillán, con miras a impedir que fuerzas rebeldes envolvieran «las espaldas» de las avanzadas españolas en viaje a Concepción. Sus instrucciones no mencionan a los pewenche, pero es factible que los considerara inmersos en la hostil masa serrana. (AN. Carta de M. Ruiz de Gamboa A. S.M. Santiago, 27/II/1592, vol.32).

Para esto fundó la ciudad de San Bartolomé de Gamboa en el valle de Chillán, poniendo en ella un presidio de caballería e infantería, dividiendo a los amigos de los enemigos, y asegurando aquellas reducciones pobladas, desde este sitio hasta la ribera del río de Maule, que es término medio entre Santiago y la Concepción; con la cual fundación vivían asegurados los domésticos, si bien los de la ciudad están arriesgados por la vecindad de un paso que sale de la cordillera por el valle de Alico, y entran a correr los rebeldes aquel territorio, y en ocasiones han expugnado la plaza, sin embargo de lo cual se tiene por necesaria para el amparo de muchas estancias que se hallan pobladas en aquel fertilísimo terreno, proporcionado a la crianza de todo género de ganados y sementeras... (Quiroga, 1690: 217).

Así reza la semblanza que Gerónimo de Quiroga hizo de los peligros que agobiaron a la villa de Chillán en sus orígenes. El mayor de ellos venía del pie de la cordillera «en que había grandes comunidades... obstinados y rebeldes». Quiroga, probablemente, incluía allí a los pewenche, que utilizaban, de preferencia, el paso de Alico para concretar sus invasiones a esta jurisdicción; sospecha no del todo mal encaminada si pensamos que para nuestro cronista los pewenche era el pueblo cordillerano por excelencia (1690: 17-23).

En los años siguientes, el general Ruiz de Gamboa debió encabezar nuevas misiones de limpieza orientada a desbandar a las partidas pewenche acantonadas en la serranía oriental, a través de la cual pasaban a asolar las haciendas ibéricas del llano. Inicialmente se llamó «puelche» a los alzados que entraban a malonear en el partido chillanejo por los pasos andinos. Esa denominación alude en verdad a una coalición étnica formada por pewenche y chiquillanes, «naciones» que se confederaban ocasionalmente en tiempos de guerra (AN, RA, vol 487.fs.2-17; Molina, 1787: 262).

Comentando el estado del distrito de Chillán, Miguel de Olaverría puntualizaba:

San Bartolomé: A más de ocho años que no tiene guerra en su comarca, contratan en ella con los indios llamados Puelches que viven a las vertientes de la cordillera nevada de una y otra parte aún no reducidos. Es cosa notable la agilidad y ligereza que tienen en sus personas estos indios, los cuales tratan y se comunican con los primeros indios que viven de la otra parte de la dicha cordillera y dan noticia de su multitud. Las vistas y comunicación y entrada destos indios puelches es por las abras y aberturas que hace la cordillera por donde corren aquellos grandes y ampulosos ríos de Chile. (Olaverría, 1594: 392)

Latcham, con base suficiente, presume que estos puelche destacados por «ágiles» y «ligeros», serían pewenche. (1929, vol.63: 158).

Parece pues indudable que los pewenche se extendían hasta la latitud de Chillán en tiempos de la Conquista. Las motivaciones que impulsan este avance hacia las serranías boreales son heterogéneas en su naturaleza. En buena medida ellas se relacionan con situaciones bélicas (malones), al menos durante los primeros años del asentamiento europeo en el distrito. El territorio extendido entre el Maule y el Itata constituyó originalmente un área de atracción militar para las huestes serranas. Los golpes de mano sorprendidos les proveían de maíz, caballos, vacunos, buen número de cautivos y efectos diversos. Paralelamente se revitalizaba la vieja ideología militar de los pueblos cordilleranos, dando ocasión a las nuevas generaciones de mocetones para probar su masculinidad y ganar estatus en acciones de guerra acordes con la tradición serrana (el malón). Tales operaciones tornaban imperioso el incautarse de bases cordilleranas en los alrededores de Chillán, a objeto de contar con zonas de refugio y retirada. El boquete de Alicó (2.065 m., en los 36° 48'S.) se erigió así en la vía predilecta de los asaltantes serranos que se aventuraban a guerrear en los valles bajos (Quiroga, 169:217).

Una vez pacificada la región, las bandas andinas emplearon esos mis-

mos desfiladeros para descender a la zona de estancias a «feriar» (comerciar) con peninsulares e indios reducidos del llano.

El acercamiento pewenche a los desfiladeros del Ñuble también pudo deberse a la necesidad de establecer comunicaciones más expeditas y breves con las salinas de Cuyo meridional. Primitivamente solían surtirse de forma esporádica en ellas; pero terminaron asentándose en sus inmediaciones a mediados del siglo XVII. La sal representó, desde los siglos hispánicos, un bien de alta demanda entre los montañeses; aparte del provecho que reportaba al consumo doméstico, conformó un poder comercial de primer orden en el sistema de intercambio que mantenían con las etnias agrarias de los llanos de Chile.

Posible es que, adicionalmente, ciertos linajes pewenche del norte controlaran cotos de caza en los bosques de lenga, dominantes en las serranías de Chillán, florestas pletóricas de camélidos, cérvidos, felinos y pluralidad de aves.

Parte o todo el conjunto de motivos antes mencionados pudo acicatear a los grupos pewenche más septentrionales a extender sus tolderías hacia los valles intermontanos de la provincia del Ñuble.

El linde meridional que llegó a alcanzar la dispersión pewenche es difícil de precisar. Contradictoriamente éste se ha fijado ya en Antuco, ya en el paralelo 38, ya a la altura del volcán Lonquimay (38° 30'). (Téllez, 1990).

Por nuestra parte, concedemos razón a quienes, renuentes a aceptar la idea de que los pewenche se abstuvieran de explotar las prodigiosas selvas de araucarias situadas más al sur de las localidades señaladas, establecieron su límite meridional en los valles andinos de Villarrica y Valdivia (con la correspondiente vertiente neuquina). Con el respaldo de cronistas y autoridades coloniales de alto crédito creemos haber verificado, más arriba, la presencia pewenche en Villarrica y sus términos australes durante el siglo XVI. No insistiremos pues en recordar aquí tales antecedentes. Las tendencias del poblamiento prehispano refrendarían, por otra parte, que grupos de filiación pewenche recolectaban y cazaban en los bosques de araucaria de las cuencas del río Aluminé y del lago Huechulafquén, y aún en los de más al sur antes del arribo de Valdivia (Guevara, 1925: 246; Serrano, 1947: 159; Canals Frau, 1953: 359; Casamiquela, 1969: 103).

Por consiguiente, en el curso del siglo XVI los lindes territoriales y las relaciones inter-étnicas del pueblo pewenche se advierten tan dinámicas como complejas. Lejos de estar circunscritas a rígidas fronteras de separación (criterio propio de la ideología europea post-medieval), los grupos étnicos cordilleranos muestran un elevado grado de movilidad e interrelación espacial

y ecológica. La historia temprana de los pewenche así lo testimonia. En el norte se les encuentra rondando por los desfiladeros próximos al grado 36 y medio, en estrecho maridaje con los «puelche cuyanos» (chiquillanes). En las regiones australes mantenían una clara posición en la faja de araucarias que iba de Villarrica hasta la cuenca del Huechulafquén (39°35' aprox.), casi frente a Valdivia. En este tramo, se comunicaban y competían con los «puelche andinos australes», con quienes llegaron a ser confundidos por los iberos. Con certeza, partidas pewenche actuaban al sur del lago Huechulafquén hasta las inmediaciones de la laguna Lolog; mas Huechulafquén puede estimarse como la base territorial preponderante de sus asentamientos meridionales.

El siglo XVII impuso inevitables mutaciones en la organización territorial vigente durante el anterior.

En el linde austral, las alteraciones parecen ser menos notables. Las reducciones pewenche se mantienen acantonadas en Huechulafquén, y aún se verifica su paso fugaz por lagos más australes. En tanto, fuerzas españolas de Chile, bajo el pretexto de castigar hostilidades, pasaban de continuo a Huechulafquén a «cazar piezas». La fiebre esclavista se adueñó de los mercados de «carne cobriza», al punto de ejecutar asaltos navales contra las comunidades pewenche fortificadas en las islas lacustres. Pese a las sangrias provocadas por las malocas hispanas, los pewenche conservaron el dominio de su imperio boscoso al pie del Lanín.

Movilidad mucho más intensa registraron las fronteras étnicas boreales.

En el siglo XVII les hallamos en torno a las salinas ubicadas enfrente del Cerro Nevado, en el extremo sur de Cuyo. Cuñas pewenche penetran, asimismo, los territorios meridionales de los «puelche cuyanos», convirtiendo esa región en pasillo obligado de las incursiones que los primeros efectúan en las haciendas mendocinas. Presionados o de buen grado, los «puelche cuyanos» participaron en la serie de malones que devastaron campos y estancias regionales.

La profunda penetración efectuada por los pewenche en la región preandina, al sur del río Diamante, explica que a fines del siglo XVIII se les señale, además, como recolectores de tacas de algarrobo en los opulentos bosques de esa especie que dominan el paisaje.

Su límite septentrional, por entonces, debió bordear de modo oscilante, los 35° y medio. Ocasionalmente la caza y la recolección pudieron impulsarlos a penetrar en los pisos bajos cercanos a las riberas del Atuel. A lo largo de esa línea fluvial proliferaban ambientes ricos en guanacos, ñandúes, baguales,

toros cerriles y caza menor, además de aguadas y pastizales. Los enclaves silvestres, que se dilataban desde la llanura oriental hasta los mismos pasos cordilleranos, atraían al indio cazador de manera irresistible.

Los motivos que impulsan esta expansión boreal son de naturaleza diversa: cacería de caballos y vacunos cimarrones o la posibilidad de saquear las haciendas y potreros cuyanos. A ello se unía la urgencia de adueñarse de las salinas ubicadas al sur del Atuel, en momentos que las cargas de sal oriental se pagaban bien en las villas chilenas. No obstante, el intento de apropiarse de buenos pastizales en los valles andinos y fajas pedemontanas de la serranía septentrional otorgó mayor vigor a este movimiento con dirección al norte. A esa altura el modo pastoril tomaba cuerpo entre los pewenche, de suerte que la tarea de procurarse áreas forrajeras aptas para el sostenimiento de una crecida masa ganadera se imponía de modo inapelable.

Rosales asevera que la lengua de los pewenche era distinta de la «puelche» dando a entender que la de la *gente de los piñones* era en realidad la «mapuche»<sup>5</sup>. Hay testimonios de que este era el idioma que se hablaba en toda la cordillera en la segunda mitad del siglo XVII, lo que no garantiza que antes ocurriera otro tanto (AN,MV, vol.20:f.220. et.seq).

Es claro que los pewenche hablaban el mapudungún, como se desprende de la estrecha convivencia de serranos y agricultores mapuche durante los veranos. El que incontables «caciques» y aborígenes pewenche lleven antropónimos mapuche y se expresen en esa lengua en el siglo XVII refleja el profundo arraigo de la misma entre los indígenas montañeses. Refrendaría, además, que su largo empleo por las parcialidades cordilleranas no es un resultado mecánico de la fuerte oleada invasora que en el siglo XVIII concluyó por afianzar la «araucanización» de la pampa.<sup>6</sup>

Se ha dicho también que los pewenche debieron dominar el tehuelche septentrional (el *günun* a *yájuch*), lengua que habrían incorporado en tiempos hispanos (Casamiquela,1969:111)

<sup>5</sup> Rosales señala que los cordilleranos en «su lengua» se reconocían como «peguenches» (1674, I: 185)

<sup>6</sup> En verdad, hubo tempranas filtraciones masivas hacia el Neuquén y planicies argentinas desde la región «williche». Por tanto, la penetración de los llanistas occidentales no se redujo puramente a los «araucanos», entidad que en Chile, geográficamente, aparece delimitada por los ríos Itata y Toltén a inicios de la Conquista. Debido a esto, preferimos el término mapuchización, en vista de que posee un alcance étnico mucho más globalizante y concorde con la dinámica histórica.

No hay forma de establecer esto último. Con todo, si los pewenche llegaron por lo menos a entender esta lengua, como parece probable, dada la interacción que mantenían con los tewelche del norte en los territorios orientales, es posible intentar una explicación alternativa. Nos referimos a que la supuesta «lengua propia», distinta a la mapuche según consignan algunos misioneros y autores españoles que la escucharon o supieron de ella, podría ser en verdad el *siiniün a Yájuich* que los pewenche emplearían al contactarse con entidades tewelche norpatagónicas que lo hablaban. Los informantes de dicha situación pudieron confundirse y atribuir filiación pewenche a una lengua que en verdad servía a estos para comunicarse con las activas parcialidades tewelche septentrionales del oriente. Pero esta no es más que una hipótesis difícil de documentar sólidamente. Por ahora como hemos señalado, ningún elemento de la «lengua pewenche» (si es que llegó a existir alguna) ha podido recopilarse.

### PEWENCHE PRIMIGENIOS Y PEWENCHE MAPUCHIZADOS

Pese a que el marbete de *pewenche* se ha empleado con profusión desde el siglo XVII hasta nuestros días, está lejos de corresponder a un gentilicio que designase a un pueblo étnica y biológicamente homogéneo.

Muchos son los dislates que el empleo abusivo o equívoco de esta nomenclatura ha producido a través de los siglos al punto que, no pocas veces, se ha desnaturalizado su sentido original. Es por ello que debemos precisar los diversos alcances que el nominativo pewenche ganó a lo largo del tiempo, así como la exacta vinculación que tiene con los distintos sujetos étnicos designados como «gentes de los piñones», en el pasado y en el presente.

Designamos pewenche primigenios a los ocupantes prehispanos de las pinalerías andinas, bien adaptados a ambientes de montaña, cuyos contingentes se prolongan hasta la época histórica temprana e intermedia de la dominación europea. Cazadores-recolectores pedestres durante la prehistoria y los primeros tiempos de la colonización hispana, en el siglo XVII devienen en predadores ecuestres que cazan y se nutren de caballos salvajes, además de piñones y otras especies.

Su acción no se reducía al hábitat de la araucaria. En el siglo XVI (como indicamos) los encontramos hostilizando la ciudad de Chillán y sus términos rurales, villa situada mucho más al norte de las formaciones septentrionales de la araucaria (Molina, 1787: 262; Olivares, 1762: 19). Además, estacionalmente pasaban a los llanos occidentales a «conchavar» en los distritos mapuche. En otras épocas del año descendían a las praderas del lado trasandino a cazar guanacos, ñandúes, caballos y vacunos cimarrones; o en procura de sal y otros

bienes recolectables. Habrían poseído lengua(s) propia(s), diluidas por la adopción del mapudungún en época posterior, presunción que discutimos con largueza en páginas precedentes <sup>7</sup>.

Razón tiene, pues, Antonio Serrano al enfatizar que

Los 'pehuenches primitivos' y los 'pehuen-ches araucanizados' de los siglos XVII y XIX son para el etnólogo dos cosas distintas, aunque en los segundos se descubran, todavía, vestigios de su antigua cultura (1947: 161).

El término «pewenche tardíos», no se restringe únicamente al componente mapuche, puro o mezclado con la población primigenia de la cordillera. En verdad tal voz se empleó en el Chile del siglo XVIII para designar a parcialidades cordilleranas y trasandinas de cepa mapuche y pámpida. Pero en esta época se utilizó con alcance lato y hasta de manera errática. Adviértase que durante esta centuria se designaba como «pewenche» tanto a las mesnadas mapuche afincadas en los pinares andinos como a las agrupaciones «araucanizadas» asentadas en los boquetes cordilleranos sitios mucho más al norte del límite boreal de la araucaria (Molina, 1787: 214).

Por otra parte, en los siglos XVIII y XIX se tornó común en la banda oriental llamar pewenche a cuantiosas partidas indígenas de ancestro tehuelche, posesionadas de la franja pedemontana y montañesa de los Andes. En Mendoza se atribuyó, precisamente, filiación pewenche a estos conglomerados del sur cuyano y del centro-norte del Neuquén. En 1816, el propio general San Martín parlamentó con tales huestes pensando en obtener facilidades para el paso de su ejército hacia Chile. Sin embargo, de las actas del parla-

<sup>7</sup> Varios documentos coloniales refrendan la existencia de lengua propia entre los pewenche primitivos. Expertos como Casamiquela y Sánchez buscan hoy día las posibles afinidades que ella pudiera tener con la denominada «lengua puelche» que, según Rosales, se hablaba en general entre los cazadores-recolectores del Cuyo austral. En algún momento se creyó que la lengua pewenche correspondería al milcayac, hablada por los huárpes mendocinos. Sin embargo, los entendidos en el tema han descartado de plano esta asociación, valiéndose de muy escasas partículas registradas en la documentación colonial, así como de la geonimia local. (Datos proporcionados por el lingüista Gilberto Sánchez y el etnólogo Rodolfo Casamiquela en 1991).

mento en cuestión se desprende que dichos «pewenche» eran ciertamente «pámpidos»<sup>8</sup>.

En la ocasión, los «pewenches» convocados fueron descritos como muy altos, musculosos y corpulentos, sin trazas, por lo que se ve, de los rasgos físicos prototípicos del mapuche corriente, si bien algunos «caciques» ostentaban onomásticos en mapudungún (Vignati, 1953).

En el Neuquén De la Cruz encontró pewenche de indudable rasgos patagónicos: corpulentos, musculosos y membrudos, aunque un poco más bajos de estatura: dos varas, equivalentes a 1.67 mts. aproximadamente (1806: 178). Destaca que eran mapuche parlantes.

En nuestros días, los pewenche «modernos», dominantes en la cordillera chilena, tienen una profunda afinidad biológica y cultural con los mapuche de las tierras bajas (Aspillaga, Eugenio, Comunicación Personal, 1990). Siguen, como en el pasado, cosechando el piñón y habitando (aunque no en toldos sino en pobres cabañas de madera) junto a los pewenales y en la vecindad de las montañas.

No obstante estas reducciones, étnicamente hablando, están muy distantes de aquellas otras que dominaron antaño el País de las Araucarias, hasta su conquista y absorción por las huestes mapuche de los llanos.

<sup>8</sup> A este propósito es oportuno aclarar términos como «pámpidos», «huárpidos» o «fuéguidos», los cuales serán utilizados a lo largo de nuestro estudio. Globalmente, esas nomenclaturas identifican a otros tantos biotipos «arcaicos», caracterizados así por los antropólogos físicos en razón de evidenciar rasgos morfológicos «primitivos» y ser dolicocefalos; esto es, por poseer cráneos largos, con predominio del diámetro sagital o anteroposterior sobre el trasverso. Hablemos de sujetos de cabeza larga o estrecha, cuyo índice cefálico es superior a 75,g.

El pámpido correspondería a un biotipo de elevada estatura, fuerte osatura y gran corpulencia. Paradigmas clásicos de éste serían los tewelche o patagones y otras entidades semejantes de la Patagonia. El fuéguido, de talla, osatura y corpulencia menos desarrollada que el pámpido, se identifica con nuestros yámanas, kaweskar y chonos. En cuanto al huárpido este se particulariza por su talla alta y esqueleto fino, rasgos que le otorgan carácter de «gentes enjutas», «altas», y «magras de carne», de las que hablan los cronistas. Se le ha relacionado con los huarpes de la antigua región cuyana, con los llamados «puelche de Cuyo» y con los pewenche primitivos.

Del biotipo láguido, que suele citarse junto a los anteriores, no daremos mayor explicación, por cuanto no serán mencionados en el curso de la exposición.

## EL CONTORNO ETNICO DE LA PEWENIA

Bosquejar un panorama sumario de la localización aproximada de las diversas etnias del Neuquén, norte de la Patagonia, sur cuyano y de la correspondiente vertiente occidental al inicio de la colonización hispana, contribuirá a clarificar lo que hasta aquí hemos dicho.

Empecemos por la región continental comprendida entre los ríos Limay y Negro, por el norte, y el río Chubut, por el sur. Allí se movían activamente cazadores pedestres identificados como *tewelche* meridionales.

Los *günün a künna* (nombre que aludiría a «la gente por excelencia o antonomasia»), poblaban las mesetas de las provincias de Río Negro y Chubut y constituían uno de los grandes entes en que se dividían los *tewelche* septentrionales. Al otro se le conocía como *chüwach a künna* («gente del borde de la cordillera»), se situaba en la franja preandina de las provincias de Río Negro y Chubut. Iguales en lengua a los *günün a künna*, no es seguro que entre ambas formaciones existiera plena identidad étnica. Posteriormente, los *chüwach a künna* se desplazarían hasta el sur del Neuquén.

En concreto, hacia el siglo XVI los *günün a künna* todavía no sobrepasaban masivamente la línea fluvial constituida por el Limay-Negro. La Pampa, hasta el siglo XVII, se vería despejada de su presencia (Orquera, 1981: XLVIII).

En el territorio de Neuquén, al norte de estos dos ríos, el cuadro étnico era más confuso. En los llanos extra-andinos del área neuquina actuaban facciones de cazadores-recolectores de filiación dudosa. Al parecer, se trataría de grupos pámpidos, peregrinantes entre el límite del Limay-Negro, por el sur, hasta el confin que marcaban los ríos Agrio y Neuquén, por el norte. Acaso estos cazadores habían adquirido algunos elementos culturales propios de los *günün a künna*, los cuales, en todo caso, no se habían expandido todavía al norte de la línea Limay-Negro, proceso consumado en el siglo XVII (Casamiquela, 1990: 23).

Tampoco es totalmente nítido lo que sucedía en el siglo XVI al norte de los ríos Agrio y Neuquén. Es muy probable que allí habitaran cazadores de tipo huárpido (Ibid.), afines con aquellos aborígenes a quienes los tratadistas modernos designan como «puelche algarroberos» y «chiquillanes montañeses» (Canals Frau, 1953: 359-361; Casamiquela, 1969: 97).

Sin embargo, en este mismo territorio se aprecian en los siglos XVIII y XIX elementos pámpidos; aunque en este caso ello podría ser producto de la marcha expansiva de los *tewelche* septentrionales en sentido boreal (Casamiquela, 1991: 23).

En cuanto a la región cordillerana propiamente dicha, la presencia de agrupaciones étnicas afincadas en los bosques de araucarias del sector neuquino constituía una realidad de larga data (Escalada, 1949: 140), cuya exacta filiación etno-biológica es una cuestión que debatiremos después. Por ahora nos limitaremos a ofrecer un sumario boceto de ellas.

En lo que dice al Neuquén, la zona cordillerana cubierta de bosques de araucarias se apreciaba circunscrita tanto al sur, oriente y noreste por una serie de dinámicos etnos de cazadores-recolectores, pámpidos o huárpidos, según el punto cardinal (Fernández, 1974: 25-26). En la porción norte del Neuquén y en la zona sur-cuyana (incluida la parte cordillerana) actuaban, preponderantemente, cazadores de tipo huárpido. En cambio, en los territorios bajos orientales, moraban cazadores pámpidos, todavía libres de la invasión masiva de los tewelche septentrionales, pero en parte aculturados por éstos, (Casamiquela, 1991: 22-23).

En las regiones meridionales, desde la línea marcada por los ríos Limay y Negro, los tewelche septentrionales o günün a künna se propagaban hasta el río Chubut. Allí partían términos con los tewelche meridionales, enseñoreados de la austropatagonia (Nacuzzi, 1992: 254).

La zona del lago Nahuelhuapi era depositaria, desde la prehistoria, de una realidad compleja (Orquera, 1987: 51). Hacia el siglo XVI, sin duda, se encontraba dominada en su mayor parte por los tewelche septentrionales, parte de los cuales fueron designados más tarde, de forma equívoca, como «poyas» (Nacuzzi y Boschín, 1977: 5). Perdura en cambio, el problema de la identidad de los denominados «puelche de Nahuelhuapi». Algunos rasgos somáticos, así como el hecho de que navegaran en piraguas, ha llevado a visualizarlos como un grupo cultural y biológicamente afín a los del mundo marítimo chilote (chonos y, por consiguiente, fuéguidos)<sup>9</sup>. Veremos después que su presencia en cuencas lacustres continentales no deja de tener relación con el tema de la identidad pewenche.

<sup>9</sup> En la reconstrucción del panorama étnico de Patagonia Central, Neuquén, cordillera andina y sur de Cuyo, nos hemos basado especialmente en el Seminario sobre Etnología Nequino-Patagónica dictado por el Dr. Rodolfo Casamiquela en 1991, en el Museo de Historia Natural de Santiago y en el cual participamos. Entre sus obras se han consultado, prioritariamente: «Rectificaciones y Ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente». *Cuadernos del Sur*, Bahía Blanca, 1965; *Un nuevo panorama etnológica del área Pan-pampeana y Patagonia Adyacente*, Santiago, 1969; y *Bosquejo de una etnología de la Provincia de Río Negro*, Viedma, 1985.

Por último, en la vertiente occidental, el cuadro parece un tanto más diáfano. Por la extensa guirnalda de araucarias que va de Antuco al sur del Lanín, por el lado chileno deambulan grupos de ancestro mapuche que dominaban sin contrapeso todo el territorio continental contiguo a la cordillera. Con todo, no se crea que esto diafaniza completamente las cosas. Es conocido que los indígenas prehispanos de aquel tramo «subían» a la cordillera periódicamente en busca de piñones; a esto se unió el desplazamiento esporádico de elevados contingentes mapuche a las montañas y pinares en tiempos históricos, producto de la contienda de Arauco (ANN,AMV, vol.I: f.53 v.) Es nítido, pues, que en el siglo XVI los bosques de araucarias no pueden considerarse coto exclusivo de las huestes aborígenes asentadas allí desde antiguo.

### LOS HOMBRES DE LOS PEWENES

Con respecto al tipo físico de los portadores de la cultura pewenche, los testimonios parecen concordar que en gran medida se trataba de gentes de talla relativamente crecida, longilínea y de cabeza alta.

De acuerdo a la única versión que poseemos respecto de la incursión realizada por Pedro de Leiva en el Neuquén, todos los aborígenes establecidos en los bosques de araucaria, «sin excepción», eran «delgados y ligeros», de ojos grandes y rasgados y de cuerpos bien proporcionados y altos (Lovera, Mariño de; 1595: 421).

Tradicionalmente se ha tendido a ver en los pewenche a un etno fuertemente vinculado con poblaciones del llamado tipo «huárpido», asentadas en el área cuyana: hombres relativamente altos, enjutos, bien formados y de gran pilosidad, piel aceitunada y cráneo dolicolide (Canals Frau, 1953: 360).

Aún en aquellos casos en que no se establece directamente la identificación entre pewenche y «huárpidos», se acepta una estrecha vinculación de los primeros con los chiquillanes situados en el sur de Cuyo, al punto de hacer de ambos grupos una sola unidad étnica (Serrano, 1947: 160-161). Dicha relación resulta esclarecedora, en cuanto a que los chiquillanes podrían tener gran cercanía etnobiológica con los huarpes de Cuyo (Latcham, 1929, vol. 63: 171). La recuperación de restos osteológicos en el «habitat chiquillán» comprobaría que predominaban los tipos relativamente altos y marcadamente dolicocefalos (Aspillaga, E. Comunicación Personal, 1990).

Para Canals Frau, hasta la colonización mapuche de la cordillera, los bosques de araucarias habían estado en posesión de un sólo biotipo: el huárpido (1953: 358-359). El antecedente aportado por Leiva, en orden a que «sin excepción» todos los pewenche eran gentes altas y delgadas, en apariencia

refrendaría dicha opinión. Pero sólo en «apariencia», en la práctica no sucedió así.

A fines del siglo XVII, Pineda y Bascuñán estableció que los pewenche, o «puelche», como también se les denominaba, se caracterizaban por ser «enjutos», con lo cual ratificaría la predominancia de los tipos leptomorfos. Contradictoriamente los define también como «corpulentos». Ello, de no corresponder a un error de redacción, indicaría que entre los pewenche se contaban grupos pámpidos (1675: 73).

Un buen observador como Francisco Núñez de Pineda, despeja toda duda respecto a la gran afinidad biológica existente entre parte de los pewenche y los huarpes. En efecto, al describir la provincia de Cuyo, repara en que ésta

es de indios guarpes desnudos, sin pueblo ni reducción, *semejantes en todo a los puelches* (entiéndase pewenche) de la cordillera, salvo que viven en tierra llana adonde tienen algarroba, y para su sustento, caza de animales. Hablan diferentes lenguas, y todos entienden la del inga (1675: 8).

Desde luego, Núñez de Pineda alude más precisamente a cazadores-recolectores de origen huarpe que a los nativos de esta extracción dedicados a la agricultura, los cuales para entonces se encontraban reducidos.

Es preciso recordar que de los huarpes cuyanos siempre se dijo que parecían «varales», distinguiéndose por sus cuerpos «flacos y delgados», cuerpos que «criaban... poca carne», «bien hechos y ágiles», atributos que realzaban su mayor estatura, comparada con la mapuche (Ovalle, 1647: 124). Como se puede apreciar, tales características coinciden con la de los aborígenes descritos por Leiva. Ninguno de los informantes del siglo XVI entregó una versión que igualara en detalle la reseña que este último brindó acerca de los rasgos somatológicos de los pewenche.

Ercilla define a los «puelche», gentilicio que se daba a la totalidad de los «indios serranos», como «fortísimos y ligeros» (La Araucana, 1569: 63, (nota explicativa)), a más de veloces (Ibid.). Olaverría, por su parte, ponderó a los «puelche» andinos de Chillán - con toda seguridad aludía a pewenche y chiquillanes - por su «agilidad» y «liderazgo». Capacidades que, desde luego, se relacionan con una estructura ósea y muscular acorde con la de individuos como los descritos en Cuyo por el Padre Ovalle y otros autores coloniales (1594: 392).

Arias de Saavedra caracterizó a los nativos serranos en una estrofa en la que cuenta como, en 1598, en un paraje de Purén se reunieron varios ejércitos indígenas, entre los cuales destacaban «los Puelche fuertes, bravos y ligeros, de grandes cuerpos y únicos flecheros» (Purén Indómito, 1598, II: 40).<sup>10</sup>

No es claro si la mención a los «grandes cuerpos» alude a la corpulencia o a la estatura de los aborígenes. Más preciso resulta Ovalle, quien reseña a los «serranos» (o pewenche) de Villarrica como «agigantados» (1647: 124). Ciertamente exageraba. En los hechos, los pewenche eran mucho más altos que los mapuche de los llanos: pero ello no justifica el símil que se ha pretendido hacer con gigantes. En verdad se estima que su estatura promedio alcanzaba 1,70 mts. entre los hombres (Canals Frau, 1953: 361).

Una serie de 14 varones, descendientes de pewenche, originarios de la región comprendida entre Antuco y Llaima, medidos por Latcham, dio como promedio 1,68 mts. (Latcham, 1929, vol. 63: 284). Guevara hizo otro tanto con cuatro hombres cuyo promedio llegó a 1.69 mts. (Ibid.). No cabe duda pues, de que eran bastante más altos que los mapuche, sin llegar a la proporción de gigantes.

La craneología reafirma además la vigencia de los cráneos altos. Latcham pudo medir siete cráneos de pewenche antiguos recogidos en la cordillera entre Collaquí y Lonquimay, así como uno procedente de Antuco. También reveló los cráneos de tres pewenche vivos de esta última zona. La mayoría de los primeros eran subdolicocefalos, con una tendencia a la dolicocefalia, mientras que los de los vivos arrojaron índices que los sitúan entre los dolicocefalos (1929, vol.63: 168; 1909: 290).

Un cráneo de Lonquimay, analizado por Guevara, resultó ser subdolicocefalo (Latcham, 1909: 289). El mismo Guevara, al parecer, efectuó otras mediciones, pues establece que entre los pewenche araucanizados «abunda la dolicocefalia, con un índice que fluctúa entre 70,45 y 77,78 y la mesoticefalia con índices de 77,96 a 80,00» (1925, I: 236). De acuerdo a estos datos es presumible que entre los pewenche primitivos tuvieran fuerte incidencia los cráneos altos.

A los pormenores apuntados habría que agregar el notable hallazgo de un grupo de cráneos claramente huárpidos en el curso superior del río Agro, hecho que confirma la actuación de individuos de esa extracción en los pinares neuquinos (Casamiquela, Comunicación Personal, 1991).

<sup>10</sup> En este caso hemos preferido indicar el año al que se refieren los hechos y no al de la primera edición de la obra, en cuanto al autor fue recopilador y, en algunos casos, partícipe de los mismos.

Atendiendo a los testimonios, los bosques de araucarias, desde Antuco al volcán Villarrica (39°26', S.), servían de habitat a gentes «enjutas» y altas, semejantes a los huarpes afincados en la provincia de Cuyo. Este tipo físico (sensu stricto, «huárpido») habría sido predominante en el segmento boscoso indicado hasta fines del siglo XVII. Pineda y Bascuñán, quien convivió estrechamente con el conglomerado aludido en tanto fue comandante de uno de los fortines próximos a la cordillera, nos dice que se trataba de buenos flecheros, activos cosechadores del piñón y muy afectos a la carne de caballo. Tales cazadores-recolectores empleaban quillangos, cubrían su cabeza con turbantes porta-flechas y se tatuaban el cuerpo (1675: 73-76).

No tenemos noticia cierta de que estos nativos enjutos hayan actuado mucho más al sur de Villarrica. Sin embargo, tampoco es impensable que así haya sido. La cuestión relativa a la dispersión austral de los hombres «enjutos» queda, por tanto, sujeta a las evidencias que nuevos hallazgos documentales y arqueológicos puedan aportar en lo venidero.

Es de notar también que nosotros hemos planteado solamente el posible predominio del elemento huárpido en la franja Antuco-Villarrica. En ningún caso postulamos que dicho tipo biológico haya sido el *único* presente en ese ámbito. Antes bien, no descartamos allí la presencia, especialmente en el lado chileno, de núcleos emparentados biológicamente con el componente mapuche de la precordillera; aspecto sobre el que no sabemos casi nada.

Así también sucedería con la intervención de elementos pámpidos que, según parece, acceden estacionalmente a los pinares andinos. Está probado este hecho en Huechulafquén (al sur de Villarrica), pero hay pie para pensar que un proceso análogo pudo ocurrir algo más al norte. De esto hablaremos pronto.

En cuanto al destino que corrieron las gentes enjutas del bosque serrano, aquél no fue exactamente benévolo. Sin duda, el desarrollo de la expansión llanista en el siglo XVIII significó su absorción o desplazamiento por parte de las huestes mapuche. Es muy notoria una fuerte mezcla biológica que desperfiló, hasta desintegrar, al componente huárpido.

Con todo, fragmentos aislados de este último conjunto perduraron entre las comunidades mapuche posesionadas de la cordillera. La prueba la concede Tomás Guevara quien, a fines del siglo pasado y principios del actual, tomó contacto con las colectividades pewenche de la Araucanía y estudió científicamente a algunos de sus miembros. En su cometido, aparte de ratificar una marcada predominancia de la dolicocefalía y la mayor estatura de los pewenche, llegó a verificar inobjetablemente que:

Si los pehuenches sobresalían en talla, eran en cambio más delgados; *esto puede comprobarse hasta ahora mismo*» (1925, I: 225).

El antedicho dato, en nada distinto a los emanados del período hispano, salvo en que Guevara tuvo el buen tino de fundarlo en mediciones antropométricas en vivo y con criterios científicos, elimina cualquier duda que pudiera restar acerca de la larga presencia de tipos leptomorfos y dolicoloides en el territorio de las araucarias. Sin embargo, en la época del inquisitivo Tomás Guevara, los elementos sobrevivientes no eran sino la sombra de quienes fueran los antiguos señores del bosque altoandino.

De acuerdo a los antecedentes hasta aquí evocados, no sería riesgoso afirmar que el biotipo huárpido se encontró presente en el conglomerado de nuestros «pewenche primitivos». No obstante, subsiste una pregunta: ¿era acaso este exponente el único presente entre estos últimos? Para responderla es preciso volver la vista al sur, hacia lo que se ha dado en llamar «ámbito pewenche austral». Allí surgen indicios significativos para la dilucidación del punto consignado.

Aclaremos que por porción austral del ámbito pewenche se entiende el territorio cordillerano oriental y su pedemonte correspondiente, desde los 38° y medio hasta las últimas formaciones meridionales de la araucaria (un poco al sur del paralelo 40) (Casamiquela, 1972-1973: 487). En este tramo se aprecia, desde los primeros tiempos de la Conquista hasta fines de la centuria pasada, lo que Casamiquela llama «una continuidad racio-cultural» (Ibid.), representada por la presencia de una entidad que los hispanos de Chile designaban *puelche* (Gente del este), quienes rodeaban por el sur, oriente y norte a las poblaciones asentadas en la región cubierta de araucarias, particularmente a las situadas al norte de los 38° 30'.

Pues bien, corresponde preguntarse por el papel cumplido por estos *puelche* del «ámbito austral» pewenche durante el siglo XVI. La única forma de saberlo es ir a las fuentes y volver a rememorar la situación imperante en el Neuquén en esa centuria. Empecemos por lo segundo.

Dijimos que en la provincia neuquina, entre el Limay-Negro y los ríos Agrio y Neuquén, se movían, desde muy antiguo, como evidencia el arte rupestre de la región, una serie de agrupaciones cazadoras-recolectores de tipo pámpido. La dispersión del arte demuestra, indirectamente, que aquellos grupos no desdeñaban acercarse a la montaña. En efecto, la difusión del «estilo de pisadas», claramente patagónico, en el Neuquén centro-meridional, se ha vinculado a la acción de entidades pámpidas provistas de un buen número de razones prácticas para operar en ese medio. La potencialidad de los re-

cursos de caza y recolección de la zona era una de ellas. Se ha indicado que los portadores del estilo mencionado no sólo eran seducidos por las grandes presas y otros bienes de los territorios extra-andinos. Sobre ellos también ejercían fuerte atracción los bosques de araucarias. Al punto que la cosecha estacional del piñón por parte de estos predadores pámpidos se habría convertido en un menester gratificante siglos antes de la conquista europea (Fernández, 1979: pasimm). Al ocurrir ésta, aquellas gentes no habían sido absorbidas aún por los tewelche de más al sur; pero hay indicios que hablan en favor de una gradual aculturación, proceso previo al ingreso multitudinario de los gñün a künna al Neuquén.

En otras palabras, los pámpidos afincados en el territorio neuquino asimilaron paulatinamente una serie de pautas culturales de sus vecinos tewelche del mediodía. Ignoramos el grado exacto de profundidad que esta mutación cultural alcanzó entre los cazadores comarcanos. Con todo, parece haber sido suficientemente intensa como para sentirnos tentados a llamar poblaciones paratewelche a los pámpidos del centro-sur del Neuquén <sup>11</sup>.

Dichos pámpinos parcialmente tewelchizados, como sostuvimos antes, al parecer no desdeñaron los bosques de araucarias. Hay motivos para pensar que partidas de esta extracción - a las cuales los hispanos comienzan a llamar tempranamente «puelche» - accedían a los ambientes cordilleranos periódicamente en el curso del siglo XVI. Bibar los describe como parcialidades integradas por cazadores de guanacos y otras presas, las que estoicamente eregían sus tolderías en los valles andinos. Aparte del típico pellón de pieles, envolvían sus cabezas con un turbante confeccionado con hilos de lana, en el cual insertaban sus flechas. Se trata, como puede apreciarse, del mismo tocado utilizado por los pewenche primigenios.

Sin embargo estos «puelche» no residían en la cordillera de modo permanente. En los veranos bajaban hasta los valles mapuche a intercambiar productos y, en otras épocas del año, cazaban y recolectaban en las estepas neuquinas, según lo sugiere el tipo de presas enumeradas por el propio Bibar (1558: 238-239). El cronista burgalés no precisó el área cordillerana exacta en la que actuaban los «puelche», pero se postula que ella no debió ser otra que el tramo situado al sur del paralelo 38° y medio (Casamiquela, 1972-1973: 488-490). Es decir, en lo que se define como «ámbito pewenche austral». Con todo, dada la imprecisión del cronista peninsular, es factible que también expedicionaran en sectores cordilleranos situados al septentrión de aquel paralelo.

<sup>11</sup> Casamiquela acepta provisionalmente esta designación en tanto no lleguemos a la identificación definitiva de estas poblaciones. (Comunicación Personal, 1991.)

Aunque Bibar no caracteriza a sus puelches como recolectores del piñón, es muy difícil pensar que despreciaran este recurso en tanto incursionaban en la cordillera. Bibar anota que los puelche dejaban los valles bajos chilenos para retornar a los portezuelos cordilleranos en el tiempo invernal. Tal aserción lleva a vincular ese movimiento estacional con la cosecha del piñón, dado que los meses de marzo y abril marcan el período más propicio para su recolección.

Por demás la pintura etnográfica que Bibar hizo de los «puelche cordilleranos» calza, casi perfectamente, con la que Pineda y Bascuñán dedicó a los pewenche residentes de Villarrica al norte. Sólo que éstos aparecen explícitamente como piñoneros y, en buena medida, como huárpidos. Sin embargo historiógrafos agudos como Sergio Villalobos se muestran inclinados a postular que se trata de los mismos pewenche históricos (Villalobos, 1989: 27, nota 3). Agrupaciones como la descrita antes actuaron desde Villarrica al sur, atrayendo la atención de los cronistas hispanos. A ellos, sin duda, aluden los memoriales ibéricos que reseñaron los grandes levantamientos williche de los últimos decenios del siglo XVI. En dichos escritos se hace frecuente mención a los cazadores puelche del «otro lado» (Neuquén); bandas que atravesaban la cordillera sin dificultad, con el propósito de combatir a los españoles de Chile, para luego retornar a salvo de las represalias hispanas (MM.T. 90: Leg.1272). De acuerdo a los testimonios, estos «puelche» conocían muy bien las hondadas serranas y se encontraban adecuadamente adaptados a los ámbitos de cordillera.

Conjeturalmente hablando durante el siglo XVI cazadores-recolectores pámpidos, con rasgos etnográficos muy semejantes a los que se describen para los pewenche de más al norte en períodos posteriores (toldos, armas, turbantes carcaj, pinturas corporales, etc.), deambulaban al sur del territorio pewenche, lo cual indicaría que durante esta centuria se movían, al menos, dos grupos étnicos en el área de la araucaria. Uno compuesto por gentes altas y leptomorfas, muy visibles desde el paralelo 39 al norte. El otro, representado por un componente pámpido - alto y macroskético - que se desplazaba preferentemente en el área meridional de dispersión del «pino piñonero». Las tendencias del arte rupreste del centro-sur neuquino apuntan, a las claras, que la presencia de contingentes pámpidos (portadores o difusores de los estilos rupestres patagónicos) en el área, perfectamente pudo ser estimulada por la posibilidad de explotar el piñón andino (Fernández, 1979: pasimm). Las evidencias sugieren, pues, que la dinámica esbozada para el siglo XVI reflejaría un antiguo proceso poblacional en el pewenmapu.

Aunque no podría hablarse de frontera étnica entre ambos grupos es probable que en el siglo XIX las facciones puelche (australes en la concepción de Casamiquela) corrientemente fueron conocidas como pewenche. Por nuestra parte, estamos en posición de demostrar que esa identificación se produjo ya en el siglo XVII.

El propio Casamiquela ha resumido el asunto en un párrafo que merece transcribirse. Aludiendo a los puelche, conocidos históricamente como pewenche australes, anota:

...estos indígenas son racialmente patagónicos, culturalmente cazadores, y étnicamente parte del gran grupo de los tehuelches septentrionales, como puede demostrarse de manera fehaciente. Claro que una parte, o porción, con características propias, que le confieren al sector una individualidad clara. He dicho que moderadamente se llamó a sus integrantes pewenches, lo mismo que a los cordilleranos de más al norte, pero además les corresponden los calificativos específicos de: en tehuelche septentrional, **chëwach a këna** («gente del borde de la cordillera»). En araucano, **inalmawizache** («gente del borde de la cordillera»); **puelche** («gente del este» en sentido restringido), **waizëfche** («gente del otro lado»); **fëriluche**, idem («gente de a espaldas», de donde deriva Bariloche). Demás está aclarar que la primera denominación es traducción de la tewelche, más antigua, y que tiene origen local, al tiempo que las otras se originaron allende la cordillera. (Casamiquela, 1972-1973: 488).

Con dichos puelche se encontró Rosales a mediados del s.XVII a orillas del lago Huechulafquén. Esas gentes vestían pellones, empleaban turbantes porta flechas, se pintaban el cuerpo, se expresaban en lengua «puelche» y dominaban el mapudungún, por entonces verdadera lengua franca de la cordillera (1674, II: 1336-1337). Indudablemente se trataba de pámpidos (altos y corpulentos), probablemente una facción de origen tewelche septentrional o, cuando menos, fuertemente tewelchizada. El caso es que hablamos de pámpidos; pero de pámpidos que incursionan en los bosques de araucarias del centro-sur neuquino y no le temen a la cordillera. Incluso libran guerra con los pewenche, señores inmemoriales de los pinares (Ibid.)

Como hemos indicado, nos encontramos frente a una fracción de cepa tewelche con características culturales propias. De allí que el sector cordillerano en el que incursionaban posea una «individualidad» muy nítida. Los puelche aquí citados proceden del gran tronco tewelche septentrional y, tal vez, hablan su lengua (günün a yäjüch) (Casamiquela, 1969: 96). Sin embargo, se encuentran adaptados a los ambientes andinos y con seguridad recolectan el piñón, aunque no estaban afincados permanentemente en la cordillera.

Rosales, que los trató de muy cerca, insiste repetidas veces en que los «puelche» tenían por habitat preferente las llanadas del Neuquén. Tal circunstancia los diferencia de los pewenche que eran de «montaña» (1674, II: 1032). La excepción serían los puelche que él encontró en Huechulafquén. Pero está claro que aquellos subían estacionalmente a la serranía andina; el

resto del tiempo cazaban y recolectaban en los territorios bajos (Casamiquela, Comunicación Personal, 1991).

A nuestro entender, los puelche descritos por Rosales serían *subandinos* de estirpe pámpida; aborígenes sujetos a una dinámica productiva que incluía inserciones estacionales en los pinares cordilleranos (y también viajes de intercambio a los territorios occidentales), así como batidas de caza-recolección en la faja pedemontana (y aún más allá de ésta). Es a estos puelche que se refirió Gerónimo Pietas en 1719 y 1729. En este último año, Pietas informa al Gobernador de Chile, que los puelche componían 13 parcialidades, las cuales «por la vera de las pampas» se extendían desde el «Cerro Payún» (sur de Cuyo) hasta las inmediaciones de Nahuelhuapi (1729: 500-501). Agrega que las 13 parcialidades puelche «*siempre están arrimadas a la cordillera*» (Ibid.)

Señala, no obstante, que comparados con pewenche y mapuche, los puelche «hablan muy diferente lengua y son más corpulentos» (Ibid.). Afirma además, que cada parcialidad puelche tiene alianza y está unida «por parentesco» con otra de los pewenche (Pietas, 1719. f.250 v.). Este hecho y el carácter subandino de los puelche consignados, llevó a que se los incluyera en aquello que los españoles llamaban «en general la tierra de los Pehuenches» (Ibid.)

No hay duda que en los parajes ocupados por pewenche los «puelche» subcordilleranos recolectaban también el piñón con sus «aliados y parientes», pewenche. Claro que para entonces se trataba de pewenche mapuchizados y no los de la cultura prístina.

Recuerdese que en esta época la penetración tewelche a la pampa y áreas adyacentes se encontraba en pleno vigor. Sin embargo, en lo que al Neuquén respecta, ese desarrollo se vivió ya en el siglo XVII.

Pese al hecho de poseer lenguas distintas puelche subandinos y pewenche primigenios vestían pellones, portaban tocados carcaj, habitaban en toldos, eran flecheros aventajados, contaban con alta talla y se tatuaban y pintaban el cuerpo. Afinidades que contribuyeron a confundirlos aún más durante esta época.

Un siglo más tarde los historiadores jesuitas esbozaron un panorama sugestivo de los «puelche». Felipe Gómez de Vidaurre los describe fraccionados en dos grandes conglomerados: los «puelche orientales» que ocupaban los llanos al este de la cordillera de los Andes y los «puelches occidentales» que dominaba los valles cordilleranos (1789. XIV: 300).

Es altamente probable que los puelche occidentales (o andinos), sean los mismos «puelche» serranos que hasta aquí hemos descrito. Con certeza, los

«puelche» orientales o del llano corresponderían a los tewelche septentrionales.

En esta época (fines del s.XVIII), era evidente que la cordillera en su banda oriental estaba fuertemente penetrada por pámpidos puros o mezclados con contingentes mapuche. Como bien acreditó Pedro Usauró Martínez, gran conocedor de los territorios del sur del Toltén, en los valles altos al este de la cordillera (latitud de Valdivia hacia el sur), se emplazaban parcialidades de «bárbaros» muy corpulentos y altos, los cuales hablaban con acento muy cerrado el mapuche y resultaban familiares a los blancos bajo el gentilicio de «puelche» (Martínez, 1782: 124). Es paradójal que en varias crónicas respetables sean los llamados «puelche» quienes aparecen dominando totalmente la región de desarrollo de la araucaria andina. A los «pewenche», extrañamente, se les sitúa al norte de los «puelche», en posiciones distanciadas del área del pewen (Molina, 1787: 241). No es raro, al tenor de lo que hasta aquí hemos expuesto, que a los montañeses de los siglos XVII-XIX, cuando no se les identifica con el tipo físico mapuche, se les define en términos que recuerdan mucho la fisonomía del aborigen patagónico (De la Cruz, 1806: 178). Pero esto es el resultado de reajustes, absorciones y dinámicas transculturativas más propias del panorama tardío de la cordillera que el imperante en ella dos o tres siglos antes. A nuestro entender hablar de pewenche fuera del área del pino araucaria y designar como tales a las agrupaciones étnicas que la copaban es una distorsión de cronistas que intentaban conciliar informaciones dispares, inmersos en una suerte de jungla de gentilicios y nominativos, aplicados con poca propiedad en la mayoría de las situaciones <sup>12</sup>.

En cuanto a los «indios puelches cordilleranos» de los cronistas coloniales, es oportuno aclarar que tal designación nos merece serios raptos. Esencialmente porque no existió jamás una «etnia puelche» independiente, en el contexto de las «naciones» cordilleranas y neuquinas (Silva, 1990; *passim*).

Los puelche nunca constituyeron una entidad étnica concreta y ese término únicamente fue aplicado por los iberos de Chile para diferenciar, desde muy temprano, el modo de vida cazador-recolector andino de los etnos agrarios del occidente (Ibid: 65).

Parece legítimo hablar de «cultura puelche» exclusivamente de una manera genérica como la que utilizamos para aludir a una «civilización occidental». Vale decir, para referirnos a un modo de vida fundado en el nomadismo con fuerte dependencia de la cacería y colecta de especies silves-

<sup>12</sup> Nosotros mismos, en estudios anteriores, hemos debido ceñirnos a estas clasificaciones tardías de las crónicas del XVIII (ver Téllez, 1987: *passim*).

tres; en ese contexto se puede admitir también una orgánica social sustentada en bandas, en las cuales la solidaridad del grupo familiar extenso era estrecha y la identificación con el territorio ancestral un sentimiento muy acentuado. Se trataría de núcleos exogámicos que además practicaban el matrimonio por raptó, lo cual los tornaba permeables a la experiencia aculturativa, como ocurrió con la denominada «araucanización» (Ibid.).

En suma, por *cultura puelche* sólo se entiende la congruencia exhibida por un número de pautas que particularizan globalmente un modo de vida. Es imposible pretender identificar con este gentilicio a un etno peculiar. Por la sencilla razón de que por «puelche» se tuvo, desde el siglo XVI, a pewenche, chiquillanes o pámpidos serranos; también se llamó así a tewelche septentrionales, a cazadores de los llanos del sur de Cuyo, e incluso, a ciertas facciones étnicas establecidas en las pampas trasandinas en el siglo XVIII. (Téllez, 1990: 43).

Incomprensiblemente Latcham estimó que los pewenche tempranos apenas alcanzaban hasta el grado 38 en el siglo XVI (1929, vol.63: 165). Al sur de este territorio situó a una etnia peculiar a la que llamó «puelche». De tal forma entregaba, implícitamente, a un etno ajeno a los pewenche toda la rica faja de araucarias extendidas al mediodía de estos últimos y aún los territorios que llegaban hasta el Nahuelhuapi (Ibid, vol. 64: 204-206).

Sin duda se trata de un grueso error de interpretación que no puede seguir repitiéndose. Como hemos apuntado antes dichos «puelche» (nos referimos a los vivientes en los bosques australes de araucaria) conformarían agrupaciones pámpidos que debemos incluir en el conjunto pewenche, dado su hábitat y modalidades de vida. Si en el curso de la exposición del presente subtítulo lo hemos mencionado ha sido con el fin de aproximarnos a la concepción que los peninsulares tenían del conjunto de bandas establecidas en la cordillera.

La idea de una «cultura puelche», entendida como la afinidad de modalidades de existencia y elementos culturales genéricos compartidos por etnos diferenciados por lengua, territorio, conformación somática y otras peculiaridades, es cosa muy distinta a postular la existencia de una «nación puelche» específica en la pewenía.

## LA CUESTION DE LOS CANOEROS PEWENCHE

Más allá de haber aportado elementos que refrendan la participación de componentes huárpidos y pámpidos entre los pewenche primitivos, subsisten cabos sueltos. Uno de estos es la presencia, en las cuencas lacustres situadas

desde Huechulafquén al sur, de canoeros (además de constructores de balsas), conocidos también como «pewenche» en el s. XVII.

A esta cuestión aludiremos brevemente. La ausencia de datos significativos en relación a su identidad impide extenderse sobre el punto. Pero, dejar planteadas las dudas no está demás. En verdad, estas últimas las avanza Casamiquela fundamentalmente (1990). En concreto, ellas consisten en la vinculación que los dichos «pewenche canoeros» podrían tener con otros navegantes australes (en sentido étnico se entiende). Sospechamos que puede existir una relación entre aquellos y los denominados «puelche de Nahuelhuapi» (Casamiquela, 1990: 21-22). Estos, según esbozos de misioneros jesuitas, tendrían afinidad con etnias marítimas del área de Chiloé («chonos», por consiguiente fuégidos) (Ibid: 22).

En verdad, bajo este supuesto alienta la idea de que tales «pewenche» navegantes gozarían de un patrimonio tecnológico y una experiencia adaptativa a los ambientes lacustres altoandinos que les concede una individualidad peculiar en el área, demasiado contrastante con los patrones tecnológicos y conductuales de los cazadores-recolectores designados como «pewenche». Y, ciertamente, cuesta imaginar a un elemento de ancestro tewelche en el papel de diestro canoero. De todas formas, hay que tomar muy en consideración la puntualización efectuada por el padre Rosales.

De estas piraguas usan también los indios Peguanches, que habitan junto a la famosa laguna de Naguelguapi, y otras, que confinan con Chiloé. Mas los Serranos Peguanches de la Villarrica navegan la laguna de Epulabquén... en balsas y canoas (1674, I: 166)

Por consiguiente, para el cronista jesuita los pewenche serranos no empleaban el mismo tipo de embarcación que los navegantes aledaños a la latitud de Chiloé. Se trataba esencialmente de canoas confeccionada a partir del minucioso tallado de un tronco de árbol, tipo de nave que también producían y utilizaban las parcialidades mapuche occidentales, según relata con minuciosidad el clérigo mentado.

Sin embargo, no poseemos la descripción física de los pewenche navegantes como para establecer su posible afinidad biológica con un grupo fuégido austral. La duda de Casamiquela, en todo caso, resulta significativa en el contexto antropológico y etnológico. Aunque no la podamos aclarar, la composición etno-biológica del conglomerado susceptible de ser clasificado como «pewenche primitivo» podría ser más intrincada de lo que hasta ahora nosotros mismos hemos pensado.

## LOS MAPUCHE EN LA PEWENIA

Hemos dicho que la explotación del piñón por parte de grupos mapuche comarcanos a las araucarias debió remontarse a las centurias prehispánicas (Téllez, 1990: 23-24). Sin embargo, es probable que desde la Conquista y con mayor fuerza en el siglo XVII, varios de los núcleos mapuche refugiados en las montañas se hayan establecido, en forma más permanente, en distritos altoandinos comprendidos en el habitat de la araucaria. En particular esto debió suceder en el tramo boscoso que va del Bío-bío al Toltén. No parece casual que en el siglo diecisiete el mapudungún constituyera la lengua franca de todos los grupos andinos, incluidos los no-mapuche, que devienen bilingües (AN, FMV, vol.20: f.220 v.et. seq).

Pero, las entidades pewenche primitivas preservan en gran medida su e tilo de vida.

A lo largo de casi todo el siglo XVII los cazadores-recolectores siguen vistiendo sus pellones lucen tocados-carcaj y habitan en tiendas de piel. Como antaño se tatúan y pintan el cuerpo al tiempo que mantienen su lengua enracada (Pineda y Bascañán, 1675: 73, et.seq.).

Hasta principios del siglo XVIII, de otra parte, los pewenche del alto Bío-bío se advierten somática y lingüísticamente diferentes de los mapuche occidentales (AN, FMV, Vol. 21: f. 191). Sin embargo, durante la fase en que la mapuchización ganó la Pewenia y muchos contingentes llanistas se propagaron por los pinares de ambas vertientes cordilleranos, dicha identidad se perdió. Así Gerónimo Pietas pudo observar en el primer cuarto de siglo, que los aborígenes pewenche «hablan la misma lengua (y) siguen los mismos ritos y costumbres» de los mapuche del llano (1729; 449).

Era este un proceso que tuvo su fase decisiva en los últimos años del siglo diecisiete y primeros del dieciocho. Como bien se ha apuntado:

A fines del s.XVII y comienzos del s.XVIII los pehuenches tienen ingredientes "mapuche" (ándidos cultivadores más "Pan-Tehuelches", pámpidos cazadores, sobre un sustrato 'pehuenche primitivo' o de 'Huárpidos recolectores' (Schobinger, 1975: 40).

En buena medida, la filtración mapuche en Argentina fue estimulada por el enorme potencial económico que representaban la gigantesca masa de ganado europeo salvaje expandido por las pampas trasandinas. Correrías de pillaje y la posesión de habitats dotados de recursos naturales escasos en Chile, como la sal, resultaban también objetivos estimulantes.

El caso es que los agricultores emigrados del occidente andino se

aculturizan en sentido pampeano, incorporándose intensamente a las modalidades de caza-recolección vigente en los llanos rioplatenses. La cordillera no quedó ajena al proceso de mapuchización.

En el segundo decenio del siglo XVIII los «ingredientes» mapuche eran dominantes en el campo lingüístico, ideológico y conductual (Pietas, 1719. f:249 v.). El cruce de componentes mapuche y pámpidos desperfilaba a los «pewenche primitivos» y al «sustrato» huárpido que los integraba. Al punto que existen quienes han visto en la resultante la emergencia de «un nuevo pueblo» o «complejo andino» pewenche (Schobinger, 1975: 39-40). El naciente conjunto se encuentra acotado por la lengua «que se había hecho araucana en los valles intercordilleranos, mientras los pueblos circunandinos de enían bilingües» (Ibid: 40).

Los viajeros que una centuria después exploran y describen las parcialidades pewenche tardías, registran un haz de pautas culturales y exponentes biotípicos peculiares. El elemento huárpido parece haberse diluido por completo. En el Neuquén, allí donde el capitán Pedro de Leiva encontrara dos siglos atrás a recolectores de piñones altos y enjutos, el coronel Luis de la Cruz, alcalde de Concepción, dio con gentes menos esbeltas, pero mucho más recias y membrudas.

No las reputó de mayor «corpatura» (corpulencia) respecto de los aborígenes llanistas de Chile y de los españoles, aunque juzgó a los pewenche «más robustos, nerviosos (nervudos) y fuertes» parangonados con los «demás indios» (mapuche) (1806: ff.177-178). Su estatura alcanzaba a «unas dos varas», esto es, a una talla de 1,67 mts. aproximadamente (Ibid: f. 178). Las escasas mensuras efectuadas en pewenche históricos tardíos arrojaron una estatura promedio de 1.684 mt. (Latham, 1909: 289). Atendiendo a que las estimaciones del coronel De la Cruz poseen un sesgo, dado que admite que ellas son aproximadas («más o menos» son sus palabras), los pewenche de 1806 bien podrían llegar a acercarse a los rangos de Latham. Por demás, éste describe su fisonomía casi en los mismos términos que De la Cruz, caracterizándolos como más «musculosos», más fornidos, robustos y feroces» que los mapuche (Ibid: 290).

Ambas pinturas, la de 1806 y la de 1909, calzan casi perfectamente. Por otra parte, la talla de los pewenche tardíos, sin ser notable, era algo más alta que la de algunos conglomerados mapuche de los llanos. En Araucanía la estatura media de muchos hombres llegaba a 1.61 mt. (Ibid.:290 - 91). En tanto al sur del Toltén no escaseaban individuos que bordeaban 1.55 mt. en promedio, y aún menos (Latham, 1928:162). Los pewenche entrevistados por Luis de la Cruz reflejan, empero, las transmutaciones ocurridas en el cuadro humano primigenio. Al menos en esta parte de la Pewenía.

Canals Frau pretende que la «araucanización» no se consumó en el euquén a expensas del desplazamiento del contingente indígena primitivo. Realidad que, a su juicio, las noticias del coronel De la Cruz venían a confirmar (1953: 542). No repara en que ellas, en verdad, revelan la dilución del biotipo huárpido. Téngase presente que este último fue postulado por el mismo Canals Frau como el componente racial específico (¡ y único !) de los pewenche prístinos. Pero es notorio que en los términos del Alcalde De la Cruz, se encontraba del todo ausente del escenario andino y adyacente del Neuquén. Expresión indesmentible de una dinámica étnica en la cual la mixtura biológica no fue nimia.

En otros aspectos es visible también el cruce y amalgama de rasgos y tradiciones culturales disímiles (mapuche y patagónicas) en proporción variable, si bien con franco predominio de las influencias provenientes de Chile, particularmente en la esfera lingüística e ideológica (De la Cruz, 1806, f. 179 et seq.)

En la vertiente occidental de los Andes las poblaciones pewenche tardías manifiestan una impronta mapuche mucho más acusada. En los faldeos, valles y hondonadas interandinas del lado oeste se advertían cuantiosas agrupaciones de parcialidades «araucanizadas» firmemente arraigadas a la montaña y que incluso, donde la geografía la favorecía (sectores más bajos), mantenían cultivos en baja escala. Tal circunstancia habla del desplazamiento de poblaciones mapuche de los llanos con hábitos agrarios, las que parcialmente se adaptan a la existencia cazadora-recolectora andina (Téllez, 1990: 87). Con todo, se trata de experiencias muy localizadas y de baja intensidad. De allí que viajeros y escritores del siglo diecinueve definan a los pewenche como bandas desprovistas de «industria agrícola» (Ibid.: 88).

Del lado chileno se apreciaban agrupaciones pewenche mapuchizadas sedentarias, establecidas en la hoya superior del río Laja y en las riberas andinas del Biobío, así como en sus afluentes dentro del ámbito cordillerano. Las parcialidades pewenche de Trapatrapa, Laja, Villacura y Santa Bárbara, se constituyeron inclusive en entidades activas en la vida fronteriza de Chile occidental (Villalobos, 1989: 53).

Mucho más difícil de precisar es la evolución de los recolectores del piñón arraigados en la Cordillera de Nahuelbuta, serranía marítima que se extiende por el litoral de la región comprendida entre los ríos Biobío e Imperial. Como señalamos, en este macizo costero se desarrolla una vigorosa faja de araucarias desde los 37°30' a los 38°40' S., y a partir de una altura promedio de 700 m.s.n.m. (Quintanilla, 1983: 117).

En el pasado precolombino y colonial, fuera de las altas partidas de ngëllíu que los pewenes nahuelbuteos estaban en condiciones de proporcionar, ese ámbito contaba (y cuenta todavía hoy) con una cuantiosa existencia de mamíferos y avifauna silvestre, propicia a la manutención humana. Los primeros conglomerados agrocerámicos de la Araucanía, como el de Pitrén, cosecharon intensamente el piñón en esta serranía y, particularmente, en la cordillera de los Andes (Gallardo, 1988: 364). Las comunidades El Vergel continuaron con tal práctica (Ibid, 367-368).

Posteriormente, mapuche de la región de Concepción son entrevistados por los primeros cronistas hispanos como diestros recolectores del piñón de araucaria. Arbol que atrae su atención tempranamente, al igual que la cordillera de Nahuelbuta, eco-región cuyo potencial recolectivo no pasa inadvertido a los historiadores primitivos. En tiempos tempranos de la Conquista, Bibar, junto con ponderar las bondades de la araucaria, puso de relieve la flora de la Cordillera de Nahuelbuta en la cual, con certeza, vio los exponentes de pewen reseñados en su crónica. En la ocasión hizo mención de recolectores de ancestro mapuche ocupados en cosechar y procesar los piñones obtenidos en los bosques de la provincia de Concepción. (1558: 264).

Las ventajas tácticas que ofrecían la boscosa serranía de Nahuelbuta, junto al potencial de caza y recolección allí existente, dan razón al fortalecimiento de muchas parcialidades mapuche rebeldes en aquella cordillera marítima. Ya desde la Conquista, de las agrupaciones estacionadas en ese bastión (al que los informes peninsulares denominan «cordillera vertiente a la mar») se dice que «están de guerra» (García Hurtado de Mendoza, 1590: 93). En el siglo XVII se afirma que operaban contingentes de recolectores del piñón, obteniendo de éstos «su comida y bebida» (Vásquez de Espinosa, 1629; 61).

En las dos centurias siguientes la recolección del ngëllíu mantuvo su intensidad, amoldada a patrones perspicazmente registrados por Claudio Gay. Aludimos al certero dibujo que aportara respecto de los «Pewenche de Nahuelbuta» (paraje de Nacimiento), y que aparece litografiado por Lehmerthen en el *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, editado por Gay en 1854. Sugestivamente, en ese testimonio gráfico se aprecia a los piñoneros en plena actividad, junto a un campamento en el que las mujeres desarrollan vida social y doméstica, en tanto algunos caballos pastan cerca de dos notorios toldos cónicos. La forma de las tiendas recuerda mucho a aquellas que los pewenche de los Andes confeccionaban en piel, diseño propicio a un clima con intensas lluvias y nevadas. Desde cuando empleaban este tipo de toldo y qué nexos culturales poseían con los serranos andinos es cuestión que no podemos responder aquí.

Si es claro el asentamiento y explotación por parte de los tribeños

«araucanos» (en los términos hispanos) de las pinalerías del macizo costero a lo largo de la colonización peninsular y el siglo XIX. Atendidos al alcance semántico de la palabra (*sensu lato*), las poblaciones adaptadas a los bosques de araucarias costaneras pasarían por pewenche, en el sentido de «Gente de los Piñones», aun que no existen dudas respecto a su filiación étnica y biológica: se trata de mapuche puros.

Pero no queremos profundizar en la materia. Evocamos la situación de ahuelbuta únicamente con el propósito de remarcar cuán artificioso resulta pretender que la voz pewenche primitivamente se haya aplicado a una sola entidad etno-biológica

## CONCLUSION

A fines de la década del veinte, Ricardo Latcham, en su exhaustivo estudio acerca de las culturas nómades de la cordillera y la pampa, deslizó esta notable intuición, al abordar el caso específico de los pewenche:

Los araucanos (mapuche) llamaban pewenche a estos indígenas (aquellos que habitaban los bosques de araucaria), *sin preocuparse de si fueran o no todos de la misma estirpe...* Los españoles, por conveniencia adoptaron las mismas denominaciones y así quedaron perpetuados como nombres nacionales, cuando en su origen no lo eran. *Es sumamente dudoso que haya existido alguna que se llamara a sí misma pewenche, ni siquiera sabemos si el término se aplicaba a una entidad étnica derivada de una sola estirpe o si se componía de elementos diversos* (1929, vol.63: 164).<sup>13</sup>

Con esas palabras advertía el atolladero en que puede caer todo etnólogo propenso a conceder demasiado crédito a los rótulos en desmedro de la realidad étnica que pretende explicar, sobre todo cuando ésta, a más de plural, es cambiante.

Atendiendo a lo que hasta ahora llevamos expuesto, es de toda evidencia que las precisiones de Latcham no eran infundadas. Los «elementos diversos» que en esos años creyó intuir ocultos bajo el marbete de «pewenche», verdaderamente existen. Los encontramos a lo largo de cuatro siglos, encarnados por protagonistas étnicos contrapuestos que ingresan y salen del escenario andino embrollando extraordinariamente el panorama.

13 Destacado nuestro.

De aquí el deber de identificar y situar en posición exacta cada una de las piezas componentes del enorme mosaico cultural en el que se convirtió la cordillera chileno-argentina a lo largo de los últimos 300 años.

Mucho más nos interesa avanzar cuestiones que no pueden seguir posponiéndose. Parece urgente reformular el alcance del gentilicio *pewenche* en cuanto éste, por su misma naturaleza etimológica, resulta inviable como delimitador étnico. Pretender que con él aislamos o definimos a un etno específico es escribir en el agua. El genio de la lengua aborigen, el *mapudungún*, dotó a ese sustantivo compuesto de un significado semántico claramente elíptico. Su imprecisión es justificadamente premeditada: el *llanista* no buscaba trazar fronteras étnicas exactas, sino caracterizar un vínculo activo entre comunidades humanas y espacios eco-sistémicos peculiares. He ahí por qué el *mapuche* del llano podía nombrar flexiblemente con ese rótulo a colectividades disímiles, estuviesen éstas fuera o dentro del radio étnico del hablante. Para un *llanista* eran *pewenche*, en sentido castizo, las parcialidades *mapuche* que explotaban estacionalmente los *piñonales* de *Nahuelbuta*. Pero también lo serían *pámpidos* y *huárpidos* que batían y poblaban los *piñales* cordilleranos.

No puede ser casual que a través de los siglos hayan cambiado tanto los sujetos colectivos que se designaron (o se auto-designan aún) *pewenche*, en tanto la palabra que los nomina mantiene inmutable su valor semántico.

Ciertamente, careciendo de los gentilicios vernáculos que a sí mismos se daban las entidades culturales no *mapuche* asentadas en el hábitat de las *araucarias*, proponer otros para salvar meramente la omisión constituye un artificio sin destino.

Esto nos vuelve al punto de partida, dejándonos con la sensación de no haber avanzado un ápice. Sin embargo esa es una conclusión excesivamente dramática, aparte de algo engañosa. Carecemos en verdad de los nominativos prístinos de los hombres «corpulentos» o de los «enjutos» que actuaron en las selvas de *araucarias*. Mas sabemos algunas cosas decisivas. Una de ellas es que el concepto *pewenche* engloba un pluralidad étnica, dato que destruye la idea de un etno exclusivo para el área, como alguna vez postulara *Canals Frau*.

Invirtiendo la perspectiva, vale decir, conscientes de la evidencia de que tratamos precisamente con sujetos plurales integrados bajo el mismo concepto lingüístico, neutralizamos la rigidez que algunos etnólogos otorgaron al término y le retornamos la nativa flexibilidad que tuvo en el vocabulario del *mapuche* primordial.

*Pewenche* se configura así como una voz provista de ingénita eficacia a la hora de englobar las formaciones étnicas que mantuvieron un estrecho

consorcio histórico con el hábitat de la araucaria serrana. Ciertamente es que el gentilicio de marras está impedido de designar entidades étnicas. Sin embargo, resulta infinitamente más adecuado que rótulos como «serranos», «montañeses», o «cordilleranos», los cuales para el caso en comento, son de una vaguedad insufrible.

## BIBLIOGRAFIA

### FUENTES MANUSCRITAS:

Siglas empleadas:

ABA

Archivo Barros Arana

AGI

Archivo General de Indias (Sevilla)

AG

Archivo Claudio Gay

AN

Archivo Nacional (Santiago)

BN

Biblioteca Nacional (Santiago)

FA

Fondo Antiguo

MV

Fondo Morla Vicuña

MM

Manuscritos de Medina (Sala).

Aldunate, Carlos: «Estadio Alfarero en el Sur de Chile». *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*. Santiago, 1988

Arias de Saavedra, Diego: (1599) *Purén Indómito*. Leipzig, 1869.

Bibar, Jerónimo de: (1558) *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. Santiago de Chile, 1966.

Cabrera, Pablo: *Los Aborígenes del País de Cuyo*. Córdoba, 1929.

Canals Frau, Salvador: *Las poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires, 1953.

Cardiel, José: *Carta Relación (1747)*. Buenos Aires, 1993.

Casamiquela, Rodolfo: «Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional o adyacente». En: *Cuadernos del Sur*, Bahía Blanca, 1965.

- Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente.* Santiago de Chile, 1969.
- «Notas sobre sitios y piedras rituales del ámbito pehuenche austral». En: *Actas del VI Congreso Nacional de Arqueología.* Santiago de Chile, 1972-73.
- Bosquejo para una etnología de la Provincia de Río Negro.* Viedma, 1985.
- «Los pueblos indígenas». En: *Ciencia Hoy.* Vol.2 °7. Santiago de Chile, 1990.
- De la Cruz, Luis: «Tratado importante para el conocimiento de los indios Pehuenches según el orden de su vida». En: *AGI, Audiencia de Chile, Leg. 179 (1806).*
- Ercilla, Alonso de: (1569) *La Araucana.* Buenos Aires, 1977.
- Encalada, Federico: *El complejo tehuelche. Estudios de etnografía patagónica.* Buenos Aires, 1949.
- Fernández, Jorge: «Estudios sobre el arte rupestre de la Provincia de Neuquén». En: *Anales de arqueología y etnología.* T. XXIX-XXX. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1974-76.
- «La población prearaucana del Neuquén». En: *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología.* Santiago de Chile, 1979.
- Furlong, Guillermo: *Entre los Pampas.* Buenos Aires, 1945.
- Gallardo, Francisco: «Chile Central en la prehistoria». En: *Los primeros americanos y sus descendientes.* Santiago de Chile, 1988.
- Gay, Claudio: *Atlas de la Historia Física y Política de Chile.* Paris, 1854.
- Gómez de Vidaurre, Felipe: (1789) *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile.* En: Colecc. de Historiadores de Chile. T. XIV. Santiago de Chile, 1889.
- Guevara, Tomás: *Historia de Chile. Chile Prehispano.* T. I. Santiago de Chile, 1925
- Hauman, Lucién: «La forêt valdivienne. notes de géographie botanique». En: *Instituto de Botánica y Farmacología* °34. Buenos Aires, 1916
- Hernández, Isabel: *Los Indios de Argentina.* Madrid, 1992.
- Hurtado de Mendoza, García: (1590) «Información y comisión de don ....., Virrey del Perú al licenciado Alonso Maldonado de Torres». En: *Colecc. de Documentos Inéditos para la Historia de Chile* (Ed. J.T. Medina). T. IV. Santiago de Chile, 1960.
- Latcham, Ricardo: *Antropología Chilena.* Buenos Aires, 1909.
- La prehistoria chilena.* Santiago de Chile, 1928.
- «Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI». En: *Revista Chilena de Historia y Geografía.* TT. 63-64. Santiago de Chile, 1929-30.
- Mariño de Lovera, Pedro: (1595) *Crónica del Reino de Chile.* En: Biblioteca de Autores Españoles. T. 131. Madrid, 1960.
- Martínez, Pedro Usauro: «Relación histórica de la plaza, puerto y presidio de Valdivia». En: *AN.FA. Vol. 25.*
- Mascardi, Nicolás: *Carta Relación* (1670). Buenos Aires, 1994
- Molina, Juan I.: (1787) *Compendio de la historia civil del Reino de Chile.* En: Colecc. de Historiadores de Chile. T. IV. Santiago de Chile, 1864.
- Nacuzzi, Lidia y Boschín, María: «Aproximación hacia la reconstrucción etnohistórica de la cuenca del río Limay y zonas adyacentes. Siglos XVII a XIX. (Provincia de Neuquén)». En: *Actas y Memorias IV Congreso Arqueología Argentina. San Rafael.* Mendoza, 1977.
- Nacuzzi, Lidia: «La cuestión del nomadismo entre los tehuelches». En: *Memoria Americana. N° 1* Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1991.
- Nardi, Ricardo: «La Araucanización de la Patagonia (Síntesis General)». En: *Culturas Indígenas de la Patagonia,* 1992.
- Núñez de Pineda, Francisco: (1675) *Suma y Epílogo.* Santiago, 1984.

- Olaverría, Tomás de: (1595) «Informe sobre el Reino de Chile, sus indios y sus guerras». En: *Colec. de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*. T. IV. Santiago de Chile, 1960.
- Olivares, Miguel de: (1762) *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile*. En: *Colec. de Historiadores de Chile*. T. IV. Santiago de Chile, 1864.
- Orquera, Luis: «Arqueología y etnografía histórica de las regiones pampeanas». En: *Toponimia y arqueología del siglo XIX en La Pampa*. Buenos Aires, 1981. *Avances en arqueología de Pampa y Patagonia*. (MS). Buenos Aires, 1987.
- Ovalle, Alonso, de: (1647) *Histórica relación del Reino de Chile*. Santiago, 1969.
- Pietas, Jerónimo: «Informe sobre los indios de la tierra (1719)». En: *Archivo particular de Eduardo Téllez*. (1729) «Noticias sobre las costumbres de los araucanos». En: Gay, Claudio: *Historia física y política de Chile*. Documentos, T.I. París, 1846.
- Pooley, Felix: «Características Biogeográficas del Bosque Nativo Chileno y su Clasificación». *Boletín de Historia y Geografía* N°10, U.Católica Blas Cañas. Santiago, 1993.
- Quintanilla, Víctor: «Biogeografía de Chile». En: *Geografía de Chile*. Instituto Geográfico Militar. T.III. Santiago de Chile, 1983.
- Rosales, Diego de: (1674) *Historia General de Chile. Flandes Indiano*. TT. I-II. Santiago de Chile, 1989.
- Serrano, Antonio: *Los aborígenes argentinos*. Buenos Aires, 1947.
- Silva Galdames, Oswaldo: «Las etnias cordilleranas de los Andes Centro-sur al tiempo de la conquista hispana y la cultura puelche». En: *Cuadernos de Historia* N°10. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1990.
- Schobinger, Juan: *Prehistoria y protohistoria de la región cuyana*. Mendoza, 1975.
- Téllez L., Eduardo: «La población pehuenche de la cordillera chilena en tiempos de la dominación española». En: *Cuadernos de Historia* N°7. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1987.
- Los pehuenches primitivos*. Tesis de Maestría en Etnohistoria. Escuela de Postgrado, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1990.
- Vásquez de Espinoza, Antonio: (1629) *Descripción del Reino de Chile*. Santiago de Chile, 1989.
- Vignati, Milciades: «Los aborígenes de Cuyo. Enumeración y Distribución Geográfica desde la Conquista hasta fines del siglo XVIII». *Notas del Museo de La Plata*. T.V. N°19, 1940. «Datos de etnografía pehuenche del Libertador José de San Martín». *Notas del Museo de La Plata, Antropología* N°57. T.XVI. La Plata, 1953.
- Villalobos, Sergio: *Los pehuenches en la vida fronteriza*. Santiago de Chile, 1989.